

FORMACIÓN BÁSICA PARA CATEQUISTAS

Profundizar en el
Credo de nuestra fe I

Capitel del Monasterio de Silos: "La duda de Santo Tomás"



"Señor mío y Dios mío"

(Jn., 20, 28)

FORMACIÓN BÁSICA PARA CATEQUISTAS

Profundizar
en el Credo de nuestra fe 1

Indice

Prólogo	5
Introducción	6
1. EN EL UMBRAL: CREO, CREEMOS	8
2. DIOS PADRE TODOPODEROSO	20
3. DIOS CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA	26
4. JESUCRISTO, HIJO ÚNICO DE DIOS, NUESTRO SEÑOR	34
5. JESUCRISTO FUE CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPÍRITU SANTO Y NACIÓ DE SANTA MARÍA VIRGEN	42
6. JESUCRISTO PADECIÓ BAJO EL PODER DE PONCIO PILATO, FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO, DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS	48
7. AL TERCER DÍA RESUCITÓ ENTRE LOS MUERTOS, SUBIÓ AL CIELO Y ESTÁ SENTADO A LA DERECHA DE DIOS PADRE TODOPODEROSO, DESDE ALLÍ HA DE VENIR A JUZGAR A VIVOS Y MUERTOS	56
8. CREO EN EL ESPÍRITU SANTO	66

Edita:

Delegación y Secretariado de
Catequesis de Aragón

Diseño e Impresión:

Unity s.a.

Depósito Legal:

HU-277/2007

I.S.B.N.

En trámite

Prólogo

He reconocido siempre con suma gratitud que la fe es el don más grande que yo he recibido. Esta fe me ha llegado por medio de la Iglesia, de la Iglesia doméstica, mis padres y hermanos. En ella di los primeros pasos en la fe. Y se ha desarrollado en la comunidad eclesial, en la parroquia, en la Iglesia diocesana, en los movimientos eclesiales... Por eso quiero tanto a la Iglesia porque me ha dado lo mejor.

Los padres cristianos y los catequistas realizáis una misión importantísima en la transmisión de la fe. *Qué hermosos son los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la Buena Nueva y proclama la salvación.* Siento una profunda admiración y gratitud a todos vosotros. Me emociona ver a un padre haciendo la señal de la cruz a su hijo pequeño o enseñándole el padre nuestro. Me emociona también ver a un catequista con su grupo de niños o de mayores rezando y transmitiendo la fe.

Vosotros, padres y catequistas, *ofrecéis al mundo de hoy, desorientado e inquieto, el don más precioso que la Iglesia puede ofrecer: formar unos cristianos firmes en lo esencial y humildemente felices en su fe.*

Este año os ofrecemos para vuestra formación el contenido de nuestra fe, el Credo. En él está el «depósito de nuestra fe» sacado de la Tradición y de la Biblia, transmitido por los apóstoles al conjunto de la Iglesia.

La síntesis de nuestra fe que recoge el credo, nos dice San Cirilo de Jerusalén, se ha recogido de lo más importante que hay en la Biblia, para dar en su integridad la única enseñanza de la fe. Y como el grano de mostaza contiene en un grano muy pequeño gran número de ramas, de igual modo este resumen de la fe encierra en pocas palabras todo el conocimiento de la verdadera piedad contenida en el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Os felicito, queridos padres y catequistas, por sacar tiempo para vuestra formación. Os lo agradecerán vuestros hijos y los catecúmenos y, por supuesto, la Iglesia, en cuyo nombre anunciáis el Evangelio.

✠ Alfonso Milián
Obispo de Barbastro-Monzón

Introducción

«La finalidad de la catequesis se expresa en la profesión de fe en el único Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo» (cf DGC 82-83)

Amigo/a catequista:

Nos dice la Sagrada Escritura que los primeros cristianos eran constantes:

- En escuchar la enseñanza de los Apóstoles
- En compartir fraternalmente todo
- En celebrar la fracción del pan o cena del Señor
- Y participar en la oración común.

Hoy las comunidades cristianas, reunidas en torno a los sucesores de Pedro y de los Apóstoles:

- Escuchan sus enseñanzas, que les transmiten la Palabra del Señor.
- Celebran la Eucaristía, agradeciendo a Dios la salvación que les ha dado en su hijo Jesucristo.
- Oran a Dios que es el Padre de todos los hombres.
- Y expresan la fraternidad, mediante la ayuda mutua y el servicio a todos.



La Iglesia ha visto siempre en esa descripción de la vida de los primeros cristianos, las características fundamentales de la comunidad cristiana, que es el signo del amor de Dios por todos los hombres. Por eso dedicó desde el principio sus mejores esfuerzos a iniciar a los nuevos discípulos en el seguimiento de Jesús. Les enseñó:

- A profesar la fe
- A celebrarla sacramentalmente
- A vivir según el modo propio de los seguidores de Jesús
- Y a orar como su Señor

La catequesis, o enseñanza viva de la Iglesia, entrega a los cristianos lo más importante de la herencia de los Apóstoles. La Iglesia llama Símbolo de fe o Credo a unas fórmulas breves que resumen las Sagradas Escrituras y especialmente los cuatro Evangelios. El llamado Símbolo Apostólico es una de las fórmulas que la Iglesia ha utilizado,

desde muy antiguo, para profesar la fe bautismal y para exponer y explicar esa fe en la catequesis. Cuando los cristianos recitan públicamente el Símbolo, profesan lo que creen, es decir, el misterio de Dios vivo y lo que El ha hecho por nosotros los hombres y por nuestra salvación (ENF, 86-87).

La fe es una realidad viva, necesitada siempre de crecimiento y maduración. En una sociedad en **crisis** como la que nos ha tocado vivir, se hace más urgente esta necesidad de educar en la fe:

- Porque a veces está en juego hasta la misma IDENTIDAD HUMANA. El modelo de vida que suele prevalecer está dominado por el consumismo y el relativismo.

- Porque vivimos en un ambiente de indiferencia e increencia religiosa. En el cual no es difícil la pérdida de la propia IDENTIDAD CRISTIANA. Los cristianos, con frecuencia, no somos capaces de dar razón de nuestra propia fe y esperanza (cf 1 Pe 3,15).

- Porque nos cuesta sentirnos IGLESIA, miembros de una comunidad creyente. La IDENTIDAD ECLESIAL, por desgracia, no siempre goza de buena salud. Pero sólo será posible un diálogo-servicio con y en el mundo, desde un testimonio de fe personal y comunitario. La construcción de un mundo más fraterno se va realizando a través de una vida comunitaria que se nutre del amor de Dios y del amor recíproco. La comunidad es el hogar nutricio donde se alimenta la fe.

- El Directorio afirma que una finalidad vital de la catequesis es hacer madurar la conversión inicial hasta hacer de ella una viva, explícita y operativa confesión de fe: «La catequesis tiene su origen en la confesión de fe y conduce a la confesión de fe» (DGC 82)

Por todas estas razones, la Comisión Regional de Catequesis de Aragón ha creído oportuno dedicar los próximos dos cursos de formación (2009-10 y 2010-2011) a profundizar en el Credo de nuestra fe. Desde los orígenes del cristianismo, el credo está construido sobre la enumeración trinitaria del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En torno a cada uno de estos nombres se agrupan varios puntos de la fe: la creación por parte del Padre, la encarnación y la salvación por parte del Hijo, la Iglesia y los sacramentos por parte del Espíritu Santo. Son los tres «artículos» de la fe cristiana. Este primer curso de formación nos vamos a centrar en estos tres artículos principalmente, que serán completados al curso que viene, tal y como se expone en la Profesión de fe al desarrollar la obra del Espíritu Santo (Iglesia, comunión de los santos, vida eterna...).

Cuando alguien dice a la persona que la ama: «Creo en tu amor, creo en ti, me confío a ti y a tu amor, te amo» no está expresando simplemente una creencia que cualquier comprobación pudiera afianzar o desmentir. Quien habla así está confiando toda su persona, toda su vida y su amor a aquel de quien está cierto que le ama. Nuestro deseo sería que este material nos ayudara a crecer en nuestra fe, esperanza y caridad, a decir con verdad: «Creo, Señor, pero aumenta mi fe» (Mc 9,24).

COMISIÓN REGIONAL DE CATEQUESIS DE ARAGÓN

TEMA

1

En el umbral: creo, creemos

No está de moda ser creyente y, sin embargo, hay necesidad de creer, de agarrarse a algo más allá de nuestras manos (observemos el auge del tarot y de las ciencias ocultas, el esoterismo y la parapsicología, por no hablar del vasto fenómeno de la New Age). Hoy están de moda los verbos: saber, demostrar, investigar. Lo que no se verifica en un laboratorio parece que no es verdad. Lo que no se demuestra, resulta irrelevante. El diccionario describe así la palabra CREER: 1) Tener por cierto algo que el entendimiento no alcanza o no está comprobado o demostrado. 2) Dar firme asenso a las verdades reveladas por Dios. Siguen otras acepciones. Nos interesan esas dos primeras líneas. En ellas queda claro que creer es otra cosa que demostrar.

Muchos hoy dicen que no creen. No pueden aceptar lo que no pasa por su entendimiento y por tocarlo con sus manos. Vivir sin creer en Dios es una posibilidad para los hombres y mujeres de hoy que constatamos a diario, los hay que parecen vivir «como si Dios no existiera»... Unos respetan y otros se burlan o no toman en serio a los que creen. Se resisten a admitir la posibilidad de adherirse a alguien que la razón por sí misma no puede demostrar.

Sin embargo, el hecho de creer es algo cotidiano. No daríamos un paso sin un mínimo de confianza. Creemos que «no nos la van a jugar», que «el libro que estudiamos es serio»... Nosotros no lo hemos verificado, pero «nos fiamos» del autor... Vivimos «creyendo» en los demás. Sobre todo, creemos más a los que queremos, a los que nos merecen confianza y son de confianza... Un niño pequeño cree a sus padres y en sus padres. Sin embargo, este vivir creyendo no está exento de dudas: ¿y si no es verdad? Nos cabe la posibilidad de dudar... porque creer en alguien no es una fórmula matemática, ni un ensayo de laboratorio. Es una manera de vivir arriesgada, poniendo nuestra vida en manos de otro. Esta es la grandeza de creer: fiarnos sin tener todo tan atado que no se pueda dudar.

Esa actitud de confiada entrega en las manos de Dios puede ser arriesgada. Hay situaciones en las que la fe se hace particularmente arriesgada: cuando por fiarse de Dios y seguirle, uno es objeto de persecución, de burla, de descrédito, de marginación... Jeremías vivió esta situación en su propia carne con particular dramatismo, tanto que llega a confesar:

«Me has seducido, Yahvéh, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido. He sido la irrisión cotidiana: todos me remedaban... Yo decía: «No volveré a recordarlo, ni hablaré más en su Nombre.» Pero había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía.» (Jer 20, 7-13)



O también aquellos momentos en los que nos agobia experimentar la ausencia de Dios, cuando parece que de Él sólo percibimos su silencio, tal como le ocurre a Jesús en la cruz:

«—A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse. Rey de Israel es: que baje ahora de la cruz, y creeremos en él. Ha puesto su confianza en Dios; que le salve ahora, si es que de verdad le quiere...

—¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 39-50)

La siguiente parábola nos ayudará a comprender hasta qué punto la fe es una decisión vitalmente arriesgada:

«Cuentan que un funambulista instaló una sirga de acero a ocho metros del suelo, trepó hasta un extremo y empezó a caminar por ella... La gente del pueblo se congregó en la plaza, admirada por la habilidad y el valor del equilibrista... Al llegar al otro extremo le izaron una carretilla y algunos ladrillos, los cargó y volvió a recorrer la sirga con la carretilla cargada... La gente gritó: ¡oh! y, cuando el funambulista llegó al final, todo el mundo prorrumpió en un aplauso y unos ¡hurra! entusiastas... Entonces el acróbata preguntó al público:

—¿Creéis que puedo volver a recorrer la sirga con un hombre montado en la carretilla...?

Uno del público gritó entusiasmado:

—¡Sí!

El funambulista respondió:

—¡Adelante! Suba hasta aquí y lo llevaré en la carretilla...

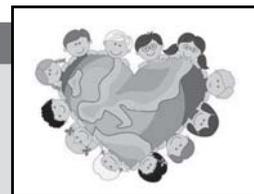
El pobre hombre se quedó helado y desapareció de entre el público sin dejarse notar.»

Así ocurre con la fe. Pensemos en Jesucristo y dejemos resonar en nuestro corazón su pregunta: ¿Te atreves a dejarte llevar en la carretilla sobre el vacío? Aquí es donde cobra todo su sentido la petición de aquel pobre hombre que pidió a Jesús que le curase al hijo: ¡Creo, Señor, pero ayuda mi poca fe.» (cf Mc 9, 14-29) Lo mismo nosotros, es posible que cada vez que nos dispongamos a recitar el Credo debamos decir: ¡Creo, Señor, pero ayuda mi poca fe!

PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO

Crear es tener fe, pero ¿qué es la fe? ¿Qué es para ti creer?

Lee con atención las siguientes frases y señala si estás más o menos de acuerdo con lo que expresan (1: Poco; 2: Algo; 3: Más o menos; 4: Bastante; 5: Mucho). Después se comentan brevemente en grupo:



- La fe es confiar.....	1	2	3	4	5
- La fe es un sentimiento.....	1	2	3	4	5
- La fe es cumplir los mandamientos....	1	2	3	4	5
- La fe es una adhesión personal y libre del hombre a Dios...	1	2	3	4	5
- La fe es aceptar un conjunto de ideas y creencias.....	1	2	3	4	5
- La fe es una especie de agarradero frente a las dificultades...	1	2	3	4	5
- La fe es una forma de dar sentido a la vida...	1	2	3	4	5
- La fe es creer en aquello que hay detrás de lo que vemos.....	1	2	3	4	5
- La fe es parecido a la amistad y al amor...	1	2	3	4	5
- La fe es creer algo a «pie juntillas».....	1	2	3	4	5

1.1. Decir «creo»¹

- Creo

En el lenguaje corriente, «creo» equivale a menudo a «pienso» con un matiz de incertidumbre. Por ejemplo cuando decimos: «Creo que va a hacer buen tiempo», o «Creo que lo conseguiré».

- Creo a...

Pero creer puede tener otro sentido y expresar una certeza. El verbo se construye entonces de otro modo: frente al «creo que», encontramos el «**creo a...**»; indica entonces la *confianza* dada a alguien, se tiene por verdadera su palabra. Creer **a** Dios: es fiarse de Dios, tener confianza en Él y sus promesas, abandonarse a su proyecto y voluntad, obedecer (escuchar, prestar atención) a su Espíritu.

Se trata de una actitud humana fundamental. No se puede vivir sin dar crédito a un cierto número de personas en las que depositamos nuestra confianza

- Creo en...

También se puede «**creer en...**». Las personas creen en alguien, como dentro del matrimonio, donde los esposos hacen alianza entre sí, se fían el uno del otro, de por vida. Se muestran mutua confianza. Creen el uno en el otro. Esa fe que se otorgan recíprocamente es la expresión misma de su amor. Sobre ella van a construir su hogar, abriéndose juntos a un futuro que intuyen lleno de promesas. Creer **en** Dios, es darse a Dios, ir hacia él. Creer es poner delante de sí la presencia de Dios, es vivir en su presencia, la fe pone presencia.

El sentido del verbo «creer» posee, por tanto, tres significados:

- Yo puedo tener una opinión o **creer lo** que alguien me ha dicho.

- Yo puedo también **creer a** tal persona o cual valor, en el sentido de que yo juzgo a esa persona o ese valor como dignos de confianza.

- Por último, yo puedo **creer en** alguien, es decir, no solamente tener por verdadero lo que me dice, sino también ser atraído en un movimiento de adhesión y de don de mí mismo que confía en esa persona.

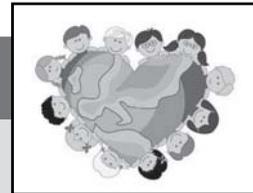
PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO

- Descubre y comenta cómo (nos) confiamos:

¿Qué sentido das a estas expresiones «creer», «confiar», «dar por cierto una cosa», «comprometer la vida»?

¿Cuál es tu capacidad para confiar? ¿Qué riesgo se corre? ¿Qué frutos se obtienen?

Comentario de una persona a bordo de un avión a más de 8.000 metros de altura: «¡Si yo tuviera fe en Dios como ahora la tengo en el piloto de este avión...!» ¿Qué nos parece?



¹ Cf. CATECISMO DE ADULTOS DE LA CONF. EP. FRANCESA, *La alianza de Dios con los hombres*, IIB, Bilbao, p. 12 ss.

1.2. Creo - creemos: el creer cristiano

Obedecer («ob-audire») en la fe, es someterse libremente a la palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la Verdad misma. De esta obediencia, Abraham es el modelo que nos propone la Sagrada Escritura. María, la madre del Señor, con su sí (fiat: hágase) es la realización más perfecta de la misma. Durante toda su vida, y hasta su última prueba (cf Lc 2,35), cuando Jesús, su hijo, murió en la cruz, su fe no vaciló. María no cesó de creer en el «cumplimiento» de la palabra de Dios. Por todo ello, la Iglesia venera en María la realización más pura de la fe.

La fe es un acto personal: la respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela. Pero la fe no es un acto aislado. Nadie puede creer solo, como nadie puede vivir solo. Nadie se ha dado la fe a sí mismo, como nadie se ha dado la vida a sí mismo. El creyente ha recibido la fe de otro, debe transmitirla a otro. Nuestro amor a Jesús y a los hombres nos impulsa a hablar a otros de nuestra fe. Cada creyente es como un eslabón en la gran cadena de los creyentes. Yo no puedo creer sin ser sostenido por la fe de los otros, y por mi fe yo contribuyo a sostener la fe de los otros.

La Escritura nos muestra a Abrahán como «el padre de todos los creyentes» (Rom 4,11.18). Abrahán aporta la novedad de una relación de tipo personal con el Dios único. Esta relación consiste en poner en él toda su confianza. Abrahán existe para Dios. Abrahán vive para Dios y acepta que Dios puede intervenir en su historia y en la de su pueblo. Esta es la experiencia religiosa fundante de la fe en el Dios de Abrahán, Isaac, Jacob, que Jesús de Nazaret lleva a la plenitud al confiar totalmente en Dios a quien llama Padre.

La expresión «yo creo» en la vida del creyente, determina toda su vida. Es la experiencia misma la que se cimienta sobre aquello en que creemos. De lo que pongamos detrás y debajo de la expresión «yo creo», depende toda la orientación de la vida de una persona. Quien profesa el credo de la Iglesia tiene que entrar en el significado mismo del término «creer». Sólo desde comprender lo que decimos, podemos decir mejor lo que creemos. Algunas palabras, por el abuso que hemos hecho de ellas, han llegado a perder la fuerza de su significado original. Por eso ahora, con sencillez, se nos invita a descubrir el sentido de creer en Dios. Nadie puede amar lo que no conoce. Os invitamos a entrar a fondo y reflexionar sobre lo que significa e implica decir y proclamar: «Yo creo».

Cuando un creyente dice *creo*, lo que está diciendo es que admite la existencia de Dios, que puede entrar en relación, que se puede comunicar con Él. La relación es confianza, diálogo íntimo, conocimiento y reconocimiento. Dios me habla y yo le escucho. Dios se me da a conocer y yo accedo a entrar en contacto con Él porque me ama y me merece toda la confianza del mundo. Decir que «Dios y el hombre se encuentran» es hablar de un acto radical de confianza. El «sí» de la fe es darle paso a Dios en mi vida, abriéndole mi interior de par en par. Esto lo podemos hacer porque, como decían los antiguos con aquella expresión hermosa, la persona es «capax Dei»: la persona es capaz de Dios.

Tenemos capacidad para creer en Dios: el ser humano es obra suya, Dios ha dejado su huella en nosotros. Nos echó su aliento y vivimos por el aliento inicial de Dios. Tenemos tendencia a Dios. San Agustín, un cristiano de los primeros siglos decía: «Señor, nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en ti».

¿Qué nos pasa a ti y a mí como creyentes? Hay un momento decisivo en la vida en el cual pronunciamos el Sí de la fe. Respondemos afirmativamente y aceptamos la iniciativa de Dios. Esto lo hacen muchos hombres y mujeres creyentes. Es también original de la fe cristiana que el Dios confesado es Padre Creador, Hijo que vino a vivir con

nosotros (se encarnó), murió y resucitó, Espíritu Santo que se nos ha dado. Fuimos bautizados «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

Estamos muy acostumbrados a una forma determinada de «ver» y también a «no ver más allá». Lo he oído en medio de la calle. Una madre de familia decía a otra: «Si tienes fe, todo se ve de otra manera». Esta frase dicha con el corazón me ha dado pie a pensar muchas cosas. Sobre todo para descubrir cómo muchas personas poseen una intuición natural para ver de otra manera la vida. Al creer en Dios a la vez afirmamos algo que nos supera y algo que aceptamos como verdadero.

Los apóstoles vivieron esta experiencia al encontrarse con Jesús resucitado. Dice el Evangelio que en el momento de partir el pan «se les abrieron los ojos» (Lc 24, 31). Hay momento en que decimos lo mismo: «ahora lo veo claro», y no hay otra evidencia, sino una fuerza interior que abre el corazón a Dios.² El fin de la catequesis es la profesión de fe, su objeto es hacer progresar el espíritu de fe. La finalidad de la acción catequética consiste precisamente en esto: propiciar una viva, explícita y operante profesión de fe (DGC 66).

1.3. Creer, don y tarea (CF CCE, 27-49; 142-184)

El Concilio Vaticano II describe, en resumen, la fe de la siguiente manera: «En la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela» (*Dei Verbum* 5) De esta definición se pueden extraer algunas **características** de la fe:

- La fe es la respuesta del hombre a la revelación que Dios ha hecho de sí mismo

La fe no es un sentimiento vago, tiene un contenido: Dios mismo que se nos revela en Alianza de amor. Al tiempo que Dios revela su profundo misterio a los hombres, revela también el misterio de lo que el hombre es. La fe es la respuesta del hombre a Dios que se revela y se entrega a él, dando al mismo tiempo una luz al hombre que busca el sentido último de su vida. Cristo, el hijo del hombre es el mediador y la plenitud de toda la Revelación. En Cristo, el Padre nos lo dice todo. La cumbre de esta revelación, es Jesucristo, Dios y hombre. En Él, se nos entrega Dios definitivamente como nuestra salvación y como nuestra esperanza.

- La fe es un don de la gracia de Dios

La respuesta de la fe solo es posible porque Dios se adelanta al hombre, le hace ver y le ilumina los «ojos del corazón». En cierta medida, sola-mente en el encuentro con Dios, nuestro cora-zón podrá dar-se totalmente y ser conducido de cumbre en cumbre en el conoci-miento del amor que supera todo conocimiento y me hace libre con la misma libertad de Dios. La fe es un don que hay que pedir.

- La fe es un acto libre y responsable

La fe abarca al hombre entero con todas sus preguntas, esperanzas y desengaños. Esta fe, que va más allá de la prue-ba, nadie me la puede imponer. Siendo un don de la gracia, es un acto auténticamente humano. La fe es un acto de liber-tad, y me hace cada vez más libre. Se funda en la confianza en Dios.

- La fe, en definitiva, es encuentro, comunicación y amistad con Dios

² Cf. Sebastià TALDÀVULL, «Decir creo», en *Catequistas*, nº 150, pp. 7-9.

Como la fe es enteramente obra de Dios y también del hombre, en la fe se realiza la historia de Dios con los hombres, aquí y ahora. Nuestra fe no es sólo fe que pregunta, busca y sacude, una fe que sólo está en camino, sino que es también certeza basada en la esperanza. Sale al paso de las grandes cuestiones de nuestro mundo (mal, sufrimiento, contradicciones, muerte...), no para dar respuesta, sino para ofrecer sentido y religarnos al Misterio de un Dios escondido y encontrado.

La fe me hace feliz porque me une a todos los creyentes de ayer y de hoy, que constituyen la Iglesia. Aunque mi profesión de fe se ha-ce en primera persona del singular («Creo en Dios Padre») siempre es un acto de la Iglesia.

- En efecto, la fe de la Igle-sia (comunidad de los creyentes) precede, engendra, sostiene y alimenta mi fe, porque «*un cristiano solo no es cristiano*» (Tertuliano).

- La fe no es un acto aislado. Nadie puede creer solo, como nadie puede vivir solo. Nadie se ha dado a sí mismo la fe, sino que la ha recibido de quienes han creído antes que él.

Decir *creo* es también decir *creemos*: no puedo creer sin ser sostenido por la fe de otro y, por mi fe, contribuyo a sostener la fe de otros. El «creo» y el «creemos» se implican mutuamente (DGC 83). «Yo creo cristiana y eclesialmente»: yo *creo dentro* de la Iglesia. Es en la Iglesia, con ella, por ella y gracias a ella, cómo puedo decir gozosamente: Yo creo, creemos.

- La fe no es irracional; se apoya en la razón

El motivo de creer no radica en el hecho de que las verdades reveladas aparezcan como verdaderas e inteligibles a la luz de nuestra razón, creemos «a causa de la autoridad de Dios mismo que se revela y no puede engañarse ni engañarnos». Y sin embargo, no creemos «a ciegas», es la fe que busca entender. Es inherente a la fe que el creyente desee conocer mejor a aquel en quien ha puesto su fe, y comprender mejor lo que le ha sido revelado; un conocimiento mayor posibilitará una fe mayor, cada vez más encendida en el amor. Como decía el santo de Hipona: «creo para comprender y comprendo para creer mejor». La fe es *cierta* porque se funda en la Palabra misma de Dios, decía el cardenal Newman: «Diez mil dificultades no hacen una sola duda».

En nuestra actual cultu-ra occidental, solo parece ser verdad aquello que puede ser demostrado cien-tíficamente o probado. Ahora bien, esto no es más que una dimensión de la inteligencia humana. ¿Qué pueden decir las ciencias experimentales del amor, la belleza y la persona, únicamente por definición? Sin embargo, estas realidades hu-manas hacen reflexionar: basta con escuchar a los filósofos y a los artistas.

¿Qué significa por tanto creer en Dios?

La fe, según la definición dada por la carta a los Hebreos es «seguridad de lo que se espera y prueba de lo que no se ve» (Hb 11,1). La fe es la adhesión personal y libre de la persona al Dios que se revela. «Creer» entraña, por consecuencia, una doble referencia: a la persona y a la verdad; a la verdad por confianza en la persona que la atestigua. Sabemos en quién tenemos puesta nuestra confianza (2 Tm 1,12) que no es más que en el mismo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO



*¿Qué resuena en ti tras la lectura?
¿Qué significa para ti creer en Dios?*

¿Qué entiendes por «dar razón de la propia fe»

¿Has tenido la experiencia de la libertad y la alegría que proporciona la fe?

Aporta alguna experiencia concreta o pon algún ejemplo.

1.4. La profesión de fe cristiana: Los símbolos de la fe (CCE nn. 185-197)

Desde los tiempos apostólicos, para proponer la fe de forma sencilla, la Iglesia expresó lo fundamental de su fe en fórmulas fáciles y breves. Con el transcurrir del tiempo, esas fórmulas dieron lugar a los primeros símbolos. Desde el principio, los *Símbolos* se vieron como instrumentos catequéticos de gran ayuda para los evangelizadores y catequistas. Ellos recogían el *lenguaje común de la fe*, que permitían que todos los iniciados se reconocieran en la fe una, aunque expresada de formas diferentes. El *Símbolo* que recogemos es el de los Apóstoles, que sintetiza las maravillas que Dios ha hecho a favor de los hombres, constituye el «más antiguo catecismo» y es a su vez «el sello espiritual, es la meditación de nuestro corazón y el guardián siempre presente, es, con toda certeza, el tesoro de nuestra alma» (S. Ambrosio).

Quien dice «Yo creo», dice «Yo me adhiero a lo que *nosotros* creemos». La comunión en la fe necesita un lenguaje común de la fe. Desde su origen, la Iglesia apostólica expresó y transmitió su propia fe en fórmulas breves y normativas para todos (cf Rom 10,9; 1 Cor 15,3-5; etc.). Pero muy pronto, la Iglesia quiso también recoger lo esencial de su fe en resúmenes orgánicos y articulados destinado sobre todo a los candidatos al bautismo. Se llama a estas síntesis de la fe «profesiones de fe» porque resumen la fe que profesan los cristianos. Se les llama «Credo» por razón de que en ellas la primera palabra es normalmente : «Creo». Se les denomina igualmente «símbolos de la fe».

La palabra griego «symbolon» significaba la mitad de un objeto partido (por ejemplo, un sello) que se presentaban como una señal para darse a conocer. Las partes rotas se ponían juntas para verificar la identidad del portador. El «símbolo de la fe» es, pues, un signo de identificación y de comunión entre los creyentes. «Symbolon» significa también recopilación, colección o sumario. El «símbolo de la fe» es la recopilación de las principales verdades de la fe. De ahí el hecho de que sirva de punto de referencia primero y fundamental de la catequesis.

La primera «profesión de fe» se hace en el Bautismo. El «símbolo de la fe» es ante todo el símbolo *bautismal*. Puesto que el Bautismo es dado «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19), las verdades de fe profesadas en el Bautismo son articuladas según su referencia a las tres personas de la Santísima Trinidad. El Símbolo se divide, por tanto, en tres partes: «primero habla de la primera Persona divina y de la obra admirable de la creación; a continuación, de la segunda Persona divina y del Misterio de la Redención de los hombres; finalmente, de la tercera Persona divina, fuente y principio de nuestra santificación» (Catecismo Romano).

Según una comparación empleada con frecuencia por los Padres, las llamamos *artículos*. De igual modo, en efecto, que en nuestros miembros hay ciertas articulaciones que los distinguen y los separan, así también, en esta profesión de fe, se ha dado con propiedad y razón el nombre de artículos a las verdades que debemos creer en particular y de una manera distinta». Según una antigua tradición, atestiguada ya por S. Ambrosio, se acostumbra a enumerar doce artículos del Credo, simbolizando con el número de los doce apóstoles el conjunto de la fe apostólica.

A lo largo de los siglos, en respuesta a las necesidades de diferentes épocas, han sido numerosas las profesiones o símbolos de la fe: los símbolos de las diferentes Iglesias apostólicas y antiguas), las profesiones de fe de ciertos Concilios o de ciertos Papas («Credo del Pueblo de Dios» de Pablo VI). Todos ellos nos ayudan a captar y profundizar hoy la fe de siempre a través de los diversos resúmenes que de ella se han hecho.

Sin embargo, de entre todos los símbolos de la fe, dos ocupan un lugar muy particular en la vida de la Iglesia:

-El *Símbolo de los Apóstoles*, llamado así porque es considerado con justicia como el resumen fiel de la fe de

los apóstoles. Es el antiguo símbolo bautismal de la Iglesia de Roma. Su gran autoridad le viene de este hecho: «Es el símbolo que guarda la Iglesia romana, la que fue sede de Pedro, el primero de los apóstoles, y a la cual él llevó la doctrina común» (S. Ambrosio, symb. 7).

- El *Símbolo llamado de Nicea-Constantinopla* debe su gran autoridad al hecho de que es fruto de los dos primeros Concilios ecuménicos (325 y 381). Sigue siendo todavía hoy el símbolo común a todas las grandes Iglesias de Oriente y Occidente.

Nuestra exposición de la fe seguirá el *Símbolo de los Apóstoles*, que constituye, por así decirlo, «el más antiguo catecismo». No obstante, la exposición será completada con referencias constantes al *Símbolo de Nicea-Constantinopla*, que con frecuencia es más explícito y más detallado. Como en el día de nuestro Bautismo, acogemos el Símbolo de esta fe nuestra que da la vida. Recitar con fe el Credo es entrar en comunión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, es entrar también en comunión con toda la Iglesia que nos transmite la fe y en el seno de la cual creemos.

En el siguiente esquema, de forma sencilla y necesariamente simplificada, podemos comprender mejor el desarrollo que ha seguido su formación:



Celebración de inicio

El Credo de nuestra fe

(Proponemos esta celebración de inicio, un poco más extensa de lo habitual, al iniciar las sesiones de formación en grupo. Puesto que es el Símbolo de nuestra fe, el contenido de la formación en los dos próximos cursos, os invitamos a comenzar este itinerario con una celebración más solemne, en torno al Credo, de modo que la formación permanente posterior, nos ayude a profundizar en la fe que profesamos. Proclamar el Credo no es sólo recitarlo, ni un simple enunciado de cada uno de sus artículos. Proclamar implica fuerza, convicción, gozo, la exultación cristiana de quien ha sido «sacado del dominio de las tinieblas y trasladado al reino de su Hijo querido». Esta celebración podría realizarse en torno a un gran cirio, una vela grande, en medio del grupo. A partir de esta vela grande o cirio –colocado en el centro junto a la Palabra de Dios-, el que preside, podría ir encendiendo, una a una, pequeñas candelas o lámparas que entrega a cada catequista. Este gesto silencioso podría hacerse antes de la proclamación de la fe. También podría acompañarse de estas palabras: ¡Hermanos, recibid la luz de Cristo! Al acabar la proclamación, antes de las palabras de despedida, podría guardarse un momento de silencio, con las lámparas encendidas en las manos, y los ojos cerrados, porque nuestra lámpara es Jesucristo, su luz nos hacer ver la luz).

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo

Canto

***Confío en Ti, de Ti me fié.
No andaré tus pasos si no es desde la fe.
Justo he de vivir, si en Ti confié.
Dame, Dios, tu Espíritu, dame Tú la fe.***

Lector

El cristiano, por el hecho de su Bautismo, queda adherido a la fe de la Iglesia, que se manifiesta en el Símbolo de la fe. Es el tesoro que la Iglesia confía a cada cristiano como señal de identidad.

«Al aprender y profesar la fe, adhiérete
y conserva solamente
lo que ahora te entrega la Iglesia,
lo único que las Santas Escrituras acreditan y defienden.

Como no todos pueden conocer las Santas Escrituras,
unos porque no saben leer,
otros porque sus ocupaciones se lo impiden,
para que ninguno perezca ,
hemos resumido en los pocos versículos del Símbolo
el conjunto de las enseñanzas de la fe.

Esta fe, que estáis oyendo con palabras sencillas,
retenedla ahora en la memoria,
y en el momento oportuno, comprenderéis,
por medio de las Escrituras,
lo que significa exactamente cada una de estas afirmaciones.

Porque tenéis que saber que el Símbolo de la fe
no lo han compuesto los hombres según su capricho,
sino que las afirmaciones, que en él se contienen,
han sido entresacadas del conjunto de las Santas Escrituras
y resumen toda la enseñanza de la fe.

Y a la manera sencilla del grano de mostaza,
que, a pesar de ser un grano tan pequeño,
contiene ya en sí la grandeza de sus diversas ramas,
así también las pocas palabras del Símbolo de la fe
resumen y contienen, como en una síntesis,
todo lo que nos dan a conocer el Antiguo y Nuevo Testamento.
Conservad cuidadosamente la tradición que ahora recibís
y grabadla en el interior de vuestro corazón.»

(San Cirilo de Jerusalén)

Salmo 124 (recitado a dos coros)

Los que confían en el Señor son como el monte Sión:
no tiembla, está asentado para siempre.

Jerusalén está rodeada de montañas,
y el Señor rodea a su pueblo
ahora y por siempre.

No pesará el cetro de los malvados
sobre el lote de los justos,
no sea que los justos extiendan
su mano a la maldad.

Señor, concede bienes a los buenos,
a los sinceros de corazón;
y a los que se desvían por sendas tortuosas,
que los rechace el Señor con los malhechores.
¡Paz a Israel!

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...



Lectura del Evangelio según San Juan (6,27-29)

Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del Hombre; pues a éste lo ha sellado el Padre, Dios. Ellos le preguntaron: Y, ¿qué obras tenemos que hacer para trabajar en lo que Dios quiere? Respondió Jesús: La obra Que Dios quiere es ésta: que creáis en el que Él ha enviado.

Silencio

Profesión de la fe

Hermanos: Profesemos la fe de los apóstoles, la fe de la Iglesia, el Credo que me esfuerzo en vivir y que da fuerza y sentido a mi vida. El Credo que no sólo hay que guardarlo en la memoria del corazón: hay que vivirlo. Recibidlo como una luz que lleva veinte siglos sin apagarse; y dad testimonio en vuestras casas, en vuestros trabajos, en medio del mundo, entre vuestros catequizandos, de esta fe luminosa que atraviesa la Historia.

(Y todos proclaman en voz alta despacio el Credo)

Creo en Dios,
Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo,
su Único Hijo,
Nuestro Señor.
que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,
nació de Santa María Virgen,
padeció bajo el poder de Poncio Pilato,
fue crucificado, muerto y sepultado.
Descendió a los infiernos,
al tercer día resucitó de entre los muertos,
subió a los cielos,
y está sentado a la derecha de Dios, Padre Todopoderoso.
Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne,
y la vida eterna.
Amén

Presidente: Esta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia que nos gloriamos de profesar en Cristo Jesús, Señor Nuestro. Vivid esta fe día y noche.

Todos: Demos gracias a Dios.



TEMA

2

Dios padre todopoderoso

Oración inicial

* Comenzamos cantando el «Santo» de la Plegaria Eucarística.

* A los catecúmenos de Constantinopla, san Gregorio Nacianceno, llamado también «el Teólogo», confía este resumen de la fe en Dios, Padre e Hijo y Espíritu Santo.:

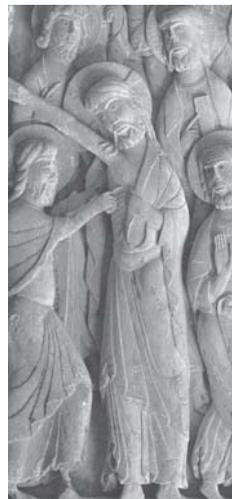
«Ante todo, guardadme la fe en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo, por la cual vivo y combato, con la cual quiero morir, que me hace soportar todos los males y despreciar todos los placeres: quiero decir la profesión de fe en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Os la confío hoy. Por ella os introduciré dentro de poco en el agua y os sacaré de ella. Os la doy como compañera y patrona de toda vuestra vida. Os doy una sola Divinidad y Poder, que existe Una en los Tres, y contiene los Tres de una manera distinta. Divinidad sin distinción de substancia o de naturaleza, sin grado superior que eleve o grado inferior que abaje... Es la infinita connaturalidad de tres infinitos. Cada uno, considerado en sí mismo, es Dios todo entero... Dios los Tres considerados en conjunto... No he comenzado a pensar en la Unidad cuando ya la Trinidad me baña con su esplendor. No he comenzado a pensar en la Trinidad cuando ya la Unidad me posee de nuevo...» (cf CCE 256).

* **Rezamos juntos la oración de Sor Isabel de la Trinidad** (cf CCE 260):

Dios mío, Trinidad que adoro,
ayúdame a olvidarme enteramente de mí misma
para establecerme en ti, inmóvil y apacible,
como si mi alma estuviera ya en la eternidad;
que nada pueda turbar mi paz, ni hacerme salir de ti, mi inmutable,
sino que cada minuto me lleve más lejos
en la profundidad de tu Misterio.

Pacífica mi alma.
Haz de ella tu cielo, tu morada amada y el lugar de tu reposo.
Que yo no te deje jamás solo en ella,
sino que yo esté allí enteramente,
totalmente despierta en mi fe, en adoración,
entregada sin reservas a tu acción creadora.
Amén.

* Terminamos la oración inicial con el Padrenuestro.



2.1. Dios

«Creo en Dios» es la primera afirmación del creyente y la fundamental. Esta fe marca su vida y la sostiene. Y no cree en un Dios que él se fabrica a su gusto o a su medida. Cree en Dios tal como Él mismo se le ha revelado. Llegar a decir «*creo en Dios*» es un regalo de Dios. La fe es un don, una gracia que jamás agradeceremos bastante (cf CCE 199).

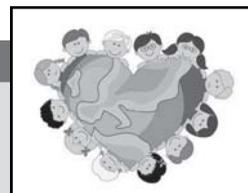
Muchos pronuncian la palabra «Dios» para referirse al que es causa, guía y meta del universo, y a quien los cristianos identificamos con el Padre de Jesucristo, el Señor, que nos lo ha dado a conocer.

PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO

- La pregunta por la existencia y el ser de Dios ha ocupado a los hombres de todas las épocas de la historia. Es algo muy personal e insoslayable. El creyente pregunta desde su misma fe, sabiendo que la pregunta por Dios está provocada por el mismo Dios. ¿Por qué crees? ¿Cuál es el origen de tu fe?

- La pregunta por Dios no son el último fin de la actividad del creyente. Su fin es la contemplación y adoración del Dios en quien cree. ¿Cómo es tu oración?

- Hoy vivimos una atmósfera de increencia y ateísmo práctico. ¿A qué puede deberse esta situación?



2.2. Dios es padre

Nuestro Dios es único, pero no «solitario». Dios es familia: Padre, Hijo y Espíritu Santo. He aquí el misterio central de nuestra fe cristiana, que, si Dios no nos lo hubiera revelado, jamás habiéramos podido conocer: el misterio de la Santísima Trinidad.

En el Antiguo Testamento se le llama a Dios «padre» en el sentido de Creador, de padre del pueblo escogido, de padre de los pobres, tal como el profeta Isaías nos sugiere: «¿Acaso puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide yo no me olvidaré» (Isaías 49, 15).

Sin embargo, cuando Jesús llama a Dios «Padre», lo hace con un sentido totalmente nuevo: es Padre en relación a su Hijo Único. Decimos originalmente que Dios es Padre porque, desde siempre y para siempre, Dios tiene un Hijo. Dios es el Padre de Jesucristo. Por eso, sólo el Hijo conoce realmente al Padre y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar, es decir, gracias al Hijo, podemos entrar en comunión de vida y amor con Dios, compartiendo la misma vida del Espíritu Santo como hijos suyos (cf CCE 232-242).

Creemos en un sólo Dios en tres personas distintas. Las Personas divinas no se «reparten» la única divinidad, sino que cada una de ellas es enteramente Dios. Un sólo Dios.

Pero son distintas entre sí. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son simplemente nombres que designan distintas modalidades del ser divino. Son realmente distintos entre sí por sus relaciones de origen: «El Padre es quien

engendra, el Hijo quien es engendrado, y el Espíritu Santo es quien de ellos procede». La distinción real de las Personas divinas entre sí reside únicamente en las relaciones que las refieren unas a otras.

Todo el actuar de Dios es obra común de las tres divinas personas. Y toda la vida cristiana es comunión con cada una de ellas, sin separarlas de ningún modo. El que da gloria al Padre lo hace por el Hijo en el Espíritu Santo; el que sigue a Cristo, lo hace porque el Padre lo atrae y el Espíritu lo mueve.

Y el fin último del designio amoroso de Dios es nuestra entrada en la unidad perfecta de la Trinidad. Pero, ya desde ahora, somos llamados a ser habitados por la Santísima Trinidad: «*Si alguno me ama -dice el Señor- guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él*» (Juan 14,23) (cf CCE 253-260).

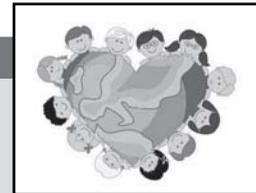
PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO

- *La Santísima Trinidad es la mejor comunidad. ¿Qué aprendemos de la relación entre el Padre y el Hijo (donación y recepción de vida y amor) y el Espíritu Santo (don desbordante de vida y amor)?*

- *Por ser creado a imagen de Dios, el hombre es persona. No es algo, sino alguien. Capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas; y es llamado, por la gracia, a una alianza con su Creador, a ofrecerle una respuesta de fe y de amor que ningún otro puede dar en su lugar (cf CCE 357). ¿Qué relación tiene esto con los Derechos Humanos?*

- *Por la gracia del bautismo «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» somos llamados a participar en la vida de la Trinidad, aquí abajo en la oscuridad de la fe y, después de la muerte, en la luz eterna (cf CCE 265). ¿Qué consecuencias para la oración y la catequesis podemos sacar?*

- *Ver en cada persona un hermano, creado como yo, «a imagen y semejanza de Dios», sin que para ello sea obstáculo su raza, su opinión, su clase social, su religión, su conducta. Nadie le puede borrar es «imagen de Dios». Y en ello radica su dignidad (cf CCE 225). ¿Es la paternidad de Dios el origen de la fraternidad universal? ¿Cómo lo podemos presentar en catequesis?*



2.3. Dios es Todopoderoso

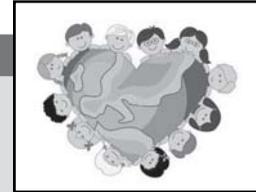
Nosotros jamás reconocemos a ninguna fuerza de la naturaleza como a Dios. No nos arrodillamos ante el dinero, ni el poder, ni el placer, ni la fama... Sólo ante Dios. Por eso, reconocer la omnipotencia de Dios es adorarlo. Nunca es tan grande el hombre como cuando se pone de rodillas delante de Dios. Y de Dios sólo. «*Dios debe ser el primer servido*» –dice Santa Juana de Arco- (cf CCE 223).

Decimos que Dios es todopoderoso porque es el único Señor de todo lo que existe y sólo Él gobierna el universo y la historia de los hombres. La revelación de este señorío absoluto de Dios lo tenemos patente en la resurrección de Jesucristo, victoria sobre las fuerzas del mal y de la muerte (cf ENF, 110 y 111). Por eso, vivimos en

permanente alabanza y acción de gracias. Esa es la actitud más lógica y noble del hombre, consciente de todo lo que ha recibido de Dios (cf CCE 224).

El poder de Dios, su omnipotencia, no aplasta, ni avasalla, ni oprime, ni anula al ser humano. Al contrario. Lo libera y le lleva a su plenitud movido por su amor. Dios usa de su señorío amorosamente.

PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO



- *Reconocer la soberanía de Dios sobre todo nos impulsa a confiar en Dios, en toda circunstancia, incluso en la adversidad. Todo va a mi favor, porque Dios está conmigo. «Quien a Dios tiene nada le falta, sólo Dios basta» – dice Santa Teresa- (cf CCE 227). ¿Cómo vivo los sentimientos de confianza en la providencia de Dios?*

- *Por otra parte, supone para nosotros los creyentes vivir «de fiesta». Esa debe ser la característica del creyente: su alegría perenne, su seguridad. «La alegría es la aportación específica que el mundo espera del cristiano» –dice Pablo VI-. ¿Cómo podemos expresar mejor la fuente de nuestra alegría en la catequesis y la liturgia?*

- *Por último, la grandeza y excelencia de Dios sobre las criaturas implica usar de ellas en cuanto me acercan a Dios. Y prescindir de ellas si me alejan de Él. Esa es la norma; esa, la medida. Son dones de Dios y deben apreciarse. Pero... el dador es siempre más que el don (cf CCE 226). ¿Qué otras actitudes se suscitan en nuestro interior?*

2.4. Dios es único, santo y justo

«Creo en un sólo Dios» es la primera afirmación del creyente. Sólo hay un Dios. Es un paso más. Dios es único. No podría ser de otra manera. Así nos lo presenta la razón natural, y así se nos ha revelado desde siempre: «No tendrás otro Dios más que a Mí» (Éxodo 20,3). «El Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza» (Deuteronomio 6,4-5). «Volveos a Mí y seréis salvados, confines todos de la tierra, porque yo soy Dios y no existe ningún otro». No hay afirmación más constante en toda la revelación (cf CCE 201).

Pero también llamamos a Jesús «el Señor». Y llamamos al Espíritu Santo «Señor y dador de vida». Y no hay contradicción. Es el misterio de la Santísima Trinidad: un sólo Dios en tres Personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El misterio central de nuestra fe (cf CCE 200-202).

El cristianismo es religión *monoteísta*, es decir, que acepta la existencia de un sólo Dios. También la religión judía, la musulmana y otras son monoteístas. Hay en cambio religiones que aceptan la existencia de diversos dioses, más o menos relacionados entre sí, e incluso contrarios, enemigos.

Dios es tan grande que no cabe en nuestro entendimiento limitado, ni lo podemos definir con palabras humanas... Dios nos rebasa, nos trasciende. Pero nos ha dado como unas pistas para que podamos entender algo de

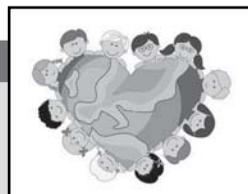
Él. Y así se nos ha revelado como el Solo Santo. ¿Qué significa la santidad de Dios. A Moisés Dios se manifestó como «Yo soy el soy», como el que existe por sí mismo, el *Ser* por antonomasia. La plenitud del *ser* y de toda perfección, sin origen ni fin, mientras que todas las criaturas han recibido de Él todo su ser y su poseer.

PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO

- Llamamos santidad de Dios a su misteriosa plenitud de vida y amor que quiere comunicar a sus criaturas. ¿Cómo podemos transmitir en la catequesis que la relación con Dios nos transforma en santos como Él es santo?

- Dios es incomprendible, inmortal, inmenso, infinitamente perfecto, ¿cómo aproximar en catequesis a esta experiencia de la grandeza de Dios?

- Hablamos de la justicia de Dios en el sentido de su no complicidad con el mal en el mundo. ¿Cómo nos acercamos en catequesis al misterio del mal en el mundo?



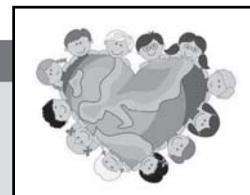
2.5 Dios es amor misericordioso y fiel a sus promesas

El pueblo de Israel expresa en la oración de los salmos que «*Dios es misericordia y lealtad*». Con este nombre experimenta que Dios es amor, admirando toda la carga de *amor* infinito que tiene para con sus criaturas, su *fidelidad* a las promesas, que mantiene a pesar de nuestras infidelidades. Es un Dios que *perdona como nos comunicó en la parábola del Hijo pródigo*.

En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios mandó al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él (1 Juan 4, 8-9). Jesucristo clavado en la cruz es la revelación más clara de esa misericordia de Dios (cf CCE 202-211).

PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO

Buscad en los salmos expresiones de la misericordia y fidelidad de Dios hacia el hombre y haced una enumeración de las razones para afirmarlas.



TEMA

3

Dios creador del cielo y de la tierra

Oración:

Cantamos con el Salmo 8:
SEÑOR DIOS NUESTRO,
QUÉ ADMIRABLE ES TU NOMBRE
EN TODA LA TIERRA (2)

Quando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado.
¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él;
el ser humano para darle poder? (2)

Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
le diste el mando, sobre las obras de tus manos,
todo lo sometiste bajo sus pies.

Rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
las aves del cielo, los peces del mar,
todo lo sometiste bajo sus pies.

Palabra de Dios: Génesis 1, 26-31
Oramos juntos con el Cántico de las Criaturas

(San Francisco de Asís -siglo XIII- compuso este hermoso canto de alabanza al Creador que conocemos con el nombre de *Cántico de las criaturas*. Lo rezamos juntos. Se puede acompañar esta oración con una suave música de fondo y la proyección de algunas imágenes o fotografías que muestren las maravillas de la creación. Si se prefiere, se pueden proyectar dichas imágenes previamente, acompañando a la lectura completa del relato de la creación Gn 1,1-2,4a).



Omnipotente, altísimo, bondadoso Señor,
tuyas son la alabanza, la gloria y el honor;
tan sólo TÚ eres digno de toda bendición,
y nunca es digno el hombre de hacer de Ti mención.

Loado seas por toda criatura, mi Señor,
y en especial loado por el hermano sol,
que alumbra, y abre el día, y es bello en su esplendor
y lleva por los cielos noticia de su autor.

Y por la hermana luna, de blanca luz menor,
y las estrellas claras, que tu poder creó,
tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son,
y brillan en los cielos: ¡loado mi Señor!

Y por la hermana agua, preciosa en su candor,
que es útil, casta, humilde: ¡loado mi Señor!
Por el hermano fuego, que alumbra al irse el sol,
y es fuerte, hermoso, alegre: ¡loado mi Señor!

Y por la hermana tierra, que es toda bendición,
la hermana madre tierra, que da en toda ocasión
las hierbas y los frutos y flores de color,
y nos sustenta y rige: ¡Loado mi Señor!

Y por los que perdonan y aguantan por tu amor,
los males corporales y la tribulación:
¡felices los que sufren en paz con el dolor,
porque les llega el tiempo de la consolación!

Y por la hermana muerte: ¡loado, mi Señor!
Ningún viviente escapa de su persecución;
¡ay si en pecado grave sorprende al pecador!
¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!

¡No probarán la muerte de la condenación!
Servidle con ternura y humilde corazón.
Agradeced sus dones, cantad su creación.
Las criaturas todas, load a mi Señor.

San Francisco de Asís

3.1. El origen de todo

En el lenguaje ordinario usamos la palabra «crear» con muchos sentidos. No significa lo mismo para un creyente que para un científico. Solemos emplear afirmaciones como éstas: «Me he creado un futuro», «he creado una familia», «esta obra es creación nuestra». Hablamos también de «creación poética, musical o artística». Crear es poner en movimiento algo.

Desde siempre el ser humano ha buscado respuesta a los interrogantes más profundos de su vida y ha podido entrever, en el origen y en el fin de las cosas, una misteriosa realidad que fundamenta la vida. La pregunta no se hace esperar: ¿Quién está en el origen de todo lo que existe? El cristiano sabe que el hombre puede rastrear la huella de la presencia y de la acción de Dios en el universo, en la creación entera, en los acontecimientos de su vida y en su interior. Para ello el hombre utiliza sus facultades humanas, incluida la razón. Cuando aplicamos a Dios el calificativo de «creador de cielo y tierra», le estamos reconociendo como el origen de todo.

Los cielos y la tierra, el fuego, el viento, la bóveda estrellada del firmamento, las aguas impetuosas y mil otras realidades del universo son poderosas y bellas. El hombre, sobrecogido, las contempla admirado y puede descubrir en ellas señales del poder y hermosura de Aquél que las hizo:

«Lo que puede conocerse de Dios
lo tienen los hombres a la vista:
Dios mismo se lo ha puesto delante.
Sus perfecciones invisibles,
su poder y su divinidad,
se hacen visibles en las cosas creadas
para aquellos que, con la inteligencia, penetran en sus obras» (Rom 1,19-20)

Sobre la presencia de Dios en la creación, escribe Santa Teresa de Jesús (siglo XVI):

«Creo que en cada cosita que Dios creó
hay más de lo que se entiende,
aunque sea una hormiguita» (ENF 92-93).

«La catequesis sobre la Creación reviste una importancia capital. Se refiere a los fundamentos mismos de la vida humana y cristiana: explicita la respuesta de la fe a la pregunta básica que los hombres de todos los tiempos se han formulado: ‘¿De dónde venimos?’ ‘¿A dónde vamos?’ ‘¿Cuál es nuestro origen?’ ‘¿Cuál es nuestro fin?’ ‘¿De dónde viene y a dónde va todo lo que existe?’ Las dos cuestiones, la del origen y la del fin, son inseparables y decisivas para el sentido y la orientación de nuestra vida y nuestro obrar» (CCE 282).

3.2. La acción creadora de Dios

«*En el principio, Dios creó el cielo y la tierra*» (Gn 1,1). Con esta solemne declaración comienza la primera página de la Escritura. El Símbolo recoge estas palabras confesando a Dios Padre, como «el Creador del cielo y de la tierra», «de todo lo visible y lo invisible». Cuando un cristiano profesa que Dios es Creador de cielo y tierra está

haciendo una afirmación religiosa: afirma que, desde el principio, las cosas existen porque han sido creadas libre y amorosamente por Dios mismo. Esta afirmación de la fe cristiana despierta también en nosotros la confianza de que Dios es aquel por quien todo se sostiene, el fundamento de todo lo que existe, el sentido hacia el que todo se orienta. La Sagrada Escritura recoge igualmente el testimonio de una animosa madre judía. Esta mujer ejemplar recuerda a sus hijos, a punto de sufrir el martirio, que Dios, que hace surgir todas las cosas de la nada, tiene el poder para devolver la vida a quienes mueren por ser fieles a su Señor. Estas son sus palabras:

«Yo no sé cómo aparecisteis en mi seno; yo no os di el aliento ni la vida, ni ordené los elementos de vuestro organismo. Fue el Creador del universo, el que modela la raza humana y determina el origen de todo. El, con su misericordia, os devolverá el aliento y la vida si ahora os sacrificáis por su Ley. Mira el cielo y la tierra, fijate en todo lo que contienen y verás que Dios lo creó todo de la nada» (2 Mac 7, 22-23.28)

Para hablar de la creación del mundo y del hombre, la Iglesia recurre a dos relatos de la Sagrada Escritura, son textos que expresan la fe de Israel y de la Iglesia. Estos relatos bíblicos sobre los orígenes, no pretenden describirnos el proceso por medio del cual se ha formado el universo ni darnos cuenta de sus pormenores, como lo hace ahora la ciencia moderna. La ciencia y la fe tratan de conocer la misma realidad pero lo hacen desde distintos puntos de vista. No debemos buscar en la ciencia lo que sólo la fe nos puede ofrecer. Y viceversa. Para los creyentes, sin embargo, los descubrimientos de la ciencia sobre el origen y el curso del universo son un signo y manifestación de la presencia y grandeza del amor de Dios. Los dos relatos de la Biblia sobre los orígenes narran poéticamente cómo Dios creó todo lo que existe, si bien con matices distintos (cf ENF 116ss).

La creación en la Biblia nos presenta a un Dios personal, que toma libremente la decisión de crear por amor. El Dios que crea es distinto del universo creado, no se confunde con él. Todo sale de su querer, de su palabra. Él es la fuente y origen de todo. La acción de crear es constante y, para el creyente, es el primer tiempo de un proceso que va orientado a la plenitud y quiere conducir al hombre a la consecución de su máxima felicidad. Se nos propone entrar en esta dinámica y no renunciar a ser colaboradores del Dios Padre que crea porque ama. *«En la creación del mundo y del hombre, Dios ofreció el primero y universal testimonio de su amor, el primer anuncio de su ‘designio benevolente’ que encuentra su fin en la nueva creación en Cristo»* (CCE n. 315). La creación es obra común de la Trinidad. El mundo ha sido creado para la gloria de Dios, porque Dios no tiene otra razón para crear que su amor y su bondad.

- Dios crea y salva

Más adelante, en la Biblia, se pone en relación estrecha al Dios que crea con el Dios que libera y saca al pueblo elegido de su esclavitud. La liberación que experimenta el Pueblo de Dios, y que se manifiesta en la Pascua, dará cuerpo y continuidad a la fe en Dios creador. El creyente lo expresará constantemente en sus narraciones y plegarias a lo largo de toda la revelación. No son dos dioses, sino uno solo. Inmensa novedad en una cultura politeísta en la que a cada dios se le atribuía una acción. La Biblia nos presenta un único Dios que es creador y salvador.

Dios, desde el principio, entabló con el hombre un diálogo de amor. Este diálogo, nunca interrumpido por Dios, a pesar del pecado del hombre, culminó en la entrega que el Padre hizo de su propio Hijo, por quien quiso reconciliar todos los seres. Al resucitarlo inauguró la nueva creación, los cielos y la tierra renovados y transfigurados por la gloria de Dios.

- El hombre colaborador de Dios

El hombre, creado varón y mujer, concibe su vocación de llamado por Dios a vivir en una «casa armoniosa», a preservarla y a perfeccionarla. El lenguaje simbólico y pedagógico del Génesis nos describe la maravilla de la «casa natural» preparada por Dios para la pareja humana. El hombre aparece integrado en la naturaleza. Ésta es verdaderamente «su casa». El hombre, aunque cuenta con la aventura y el riesgo del progreso que tiene en sus manos, está llamado a dominar la creación con respeto y amor. De ahí que toda la creación sea para toda la familia humana un gran don de Dios hacia todos, no para ser poseedores, sino fieles administradores.

La fe en el Dios Creador nos conduce a una nueva forma de estar en la tierra. Somos colaboradores de un plan de transformación de nuestro mundo según el proyecto de Dios y de rehabilitación de las personas según el modelo de que hemos sido hechos a su imagen y semejanza (cf Gn 1, 27). La Iglesia lo ha entendido siempre así: «A fin de ir construyendo una comunión y una participación definitivas sobre tres planos: la relación del hombre con el mundo como señor; con las personas como hermano y con Dios como hijo» (Puebla 322).

Ser colaboradores conlleva unas exigencias: el respeto a la tierra, la dignidad de la persona humana, la igualdad esencial entre el hombre y la mujer (cf GS 29), el destino universal de todos los bienes (cf GS 69), la lucha contra el mal y el pecado en el mundo (cf GS 33-39) y una visión de esperanza (cf GS 39).

El hombre ha sido creado libre, pero advertido, interpelado con su responsabilidad; se nos pide construir algo duradero, querido y de acuerdo con el inmenso acto de amor de Dios creador. La creación es por definición un comienzo. Sigue la historia. Con nuestro esfuerzo y hacer se juega lo que Dios ha puesto en nuestras manos.

3.3. El mal y la muerte en el mundo

Cualquier hombre tiene experiencia de que el mal existe. Y no sólo en la naturaleza, sino en sí mismo. Por eso, surge espontánea esta pregunta: ¿Cómo es posible que, si Dios es bueno, aparezca el mal en la obra de sus manos? La experiencia del mal es tan común y tan profunda que, para muchos, constituye un obstáculo en su camino hacia Dios, una auténtica piedra de tropiezo. Plantea un enigma que no se resolverá del todo hasta que Dios renueve la creación y surjan los cielos nuevos y la tierra nueva; entonces, Dios será todo en todos.

Sin embargo, el cristiano tiene ya, en la muerte y la resurrección de Jesús, una respuesta anticipada a este misterio central de la vida humana. Desde la esperanza que nos proporciona la fuerza de la Resurrección de Jesús, podemos decir: Sí, todavía es posible construir entre todos «una tierra nueva y un cielo nuevos», la casa armoniosa

para la humanidad que nuestros pecados ponen en riesgo de destruir. Profesar la fe en Dios Padre creador nos induce a volver nuestros corazones a su proyecto inicial, hasta que llegue a cumplirse aquel anuncio paulino: «Todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios» (1Cor 3, 22-23).

El segundo relato del Génesis sobre la creación sitúa al primer hombre en el paraíso, un jardín donde todo es bueno y bello, para significarnos, con esa imagen, la profunda armonía del hombre con la naturaleza, reflejo, a su vez, de la paz interior que disfruta consigo mismo y con Dios. El mundo en que nosotros vivimos no es un paraíso. En el hombre, en la sociedad humana, en el mundo que el hombre ha sido construyendo también encontramos el mal. Este mal no es como los males que se dan en la naturaleza. Este mal es querido libremente por el hombre. Este mal es el pecado: por él, el hombre introduce libremente en el mundo la destrucción y la muerte.

La Biblia describe los grandes pecados de los hombres en diversas narraciones: la caída de Adán y Eva en el paraíso, el asesinato de Abel por su hermano Caín, la construcción de la torre de Babel... el pecado de David, y otros grandes crímenes. Según todos estos relatos, el hombre, libre y responsablemente, excluye de su vida a Dios, le desobedece, rompe con Él.

Al romper el hombre con Dios, queda roto también el equilibrio interior. Se desatan dentro de él contradicciones y conflictos. San Pablo lo ha reflejado muy bien con estas palabras: «El bien que quiero hacer no lo hago; el mal que no quiero hacer, eso es lo que hago». El pecado desgarrar también las relaciones que el hombre mantiene con los demás hombres y con el mundo creado. Estas relaciones quedan casi inevitablemente falseadas y deterioradas. Como consecuencia del «pecado original», que es la privación de la santidad y justicia originales, la naturaleza humana quedó debilitada en sus fuerzas, sometida a la ignorancia, al sufrimiento y al dominio de la muerte e inclinada al pecado (cf ENF 122ss; CCE 396ss).

Así lo expresa a los niños el Catecismo *Jesús es el Señor*:

«Dios creó a Adán y Eva, nuestros primeros padres. Los creó libres, los llenó de su vida y de su amor, y les ofreció su amistad.

Pero ellos, tentados por el diablo, desobedecieron a Dios y rompieron su amistad con él. Fue el primer pecado: *el pecado original*. Los hombres se habían alejado de Dios y quedaron sometidos a la ignorancia, al sufrimiento y al poder de la muerte.

Desde entonces, todos nacemos con la herida de este pecado y necesitamos la Salvación de Dios.

Por eso Dios no abandonó a los hombres. Salió a su encuentro y les prometió que un descendiente de Eva triunfaría sobre el pecado. Desde el principio, Dios Padre pensaba en Jesús, su Único Hijo, para salvar a los hombres» (p 22-23).

Efectivamente, el mal, el sufrimiento, el pecado y la muerte no tienen la última palabra. La historia de la humanidad es desde sus orígenes, historia de salvación. Ante los asaltos del mal, frente al vacío en el que nos quiere zambullir, la fe encuentra su resistencia y su esperanza valiente en la promesa de salvación. El cristiano encuentra la verdadera respuesta al escándalo del mal en la cruz (cf Lc 23), en la plegaria de abandono en las manos de Dios y en la ofrenda de sí mismo como partícipe en la entrega total de Cristo. Una respuesta que pasa también por el combate a favor de la justicia, junto con el ejercicio de la caridad y la solidaridad.

3.4. En él vivimos, nos movemos y existimos (Hch 17, 28)

Nuestro corazón descansa confiado cuando confesamos la fe en Dios Creador. Saber que no somos fruto de azar, que nuestra existencia ha sido soñada por un ser amoroso, que hemos tenido un comienzo querido con libertad y amor, nos permite confiar que nuestro destino está también previsto y no va a frustrar la honda llamada a ser felices, que constantemente emerge en nuestra conciencia.

Afirmar a Dios como creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible es reconocer que el ser humano, el mundo y la naturaleza entera existimos como fruto de un deseo amoroso. La Biblia expresa esta convicción mediante relatos que expresan con fuerza la soberana voluntad creadora de Dios y la bondad radical de todo lo creado.

Entre las muchas consecuencias que para nuestra vivencia espiritual se desprenden de la fe en Dios Creador, podemos ahora detenernos en dos y hacer de ellas motivo de oración:

- La gratificante convicción de que no somos seres autónomos, lanzados a la vida por el azar de unas fuerzas ciegas. No somos seres perdidos en una existencia frágil, limitada y sin sentido, que tan sólo pueden contar consigo mismos. Somos nada más y nada menos que criaturas nacidas de la amorosa voluntad del Señor de cielo y tierra.

- La estimulante llamada de una creación que nos ha sido entregada para llevarla a plenitud. Esta fe da sentido al trabajo humano más allá de su función inmediata como medio para conseguir los bienes indispensables para vivir. La dignidad del trabajo humano se manifiesta en que está orientado a «*desarrollar la obra del Creador, servir al bien de los hermanos y contribuir de modo personal a que se cumplan los designios de Dios en la historia*» (GS 34).

La creación entera es bendición y gracia, don de Dios, por eso al final de este tema nos unimos al canto agradecido del Obispo de Rávena San Pedro Crisólogo:

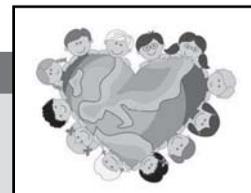
«Hombre, ¿por qué te desprecias tanto, cuando Dios tanto te aprecia?
¿Por qué te degradas tanto, cuando Dios tanto te honra?
¿Por qué atiendes tanto a tu origen
y te desentiendes tanto de tu fin?
¿No ha sido hecha para ti toda esta casa del mundo
que te es dado contemplar?
La luz que se te ha infundido
es capaz de disipar las tinieblas que te rodean.
Para ti se ha preparado la noche.
Para ti las horas todas del día.
Para ti resplandece el cielo
con el distinto fulgor del Sol, la Luna y las estrellas.
Para ti la tierra está esmaltada de flores, bosques y frutos.
Para ti ha sido creada la maravillosa multitud de animales
que pueblan el aire, la tierra y la hermosa agua,
para que no nos forjáramos una falsa idea de la felicidad futura
a la vista de una triste soledad.
Y sin embargo, tu Creador piensa todavía en aumentar tu honor.
Pone en ti su imagen,

Para que visiblemente hagas presente en la tierra al Creador invisible.

Quiere que hagas sus veces en la tierra, y que no te veas defraudado en una tan amplia posesión el mundo.

Lo que Dios por sí mismo hizo en ti, lo acogió en sí por amor».

PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO



- En la catequesis, estamos llamados a educar para contemplar y admirar todo lo creado, desarrollando así la dimensión estética y de belleza y, en consecuencia, el sentimiento religioso que provocan de asombro, admiración, de acción de gracias por la hermosura y grandeza de lo contemplado. Muchos salmos son un canto de agradecimiento por lo creado, la creación es la gran casa o templo: Salmo 104, 108, 136... Educar en clave de contemplación facilita el camino a la liturgia y al culto. Todo se puede convertir en mediación simbólica: el agua, el pan, el vino, el aceite, el camino, el firmamento, la luz, las plantas, ..., que son elementos para la celebración.

Comentamos el siguiente texto de la Carta Encíclica Caritas in veritate del Papa Benedicto XVI sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad, n. 48:

«El tema del desarrollo está también muy unido hoy a los deberes que nacen de la *relación del hombre con el ambiente natural*. Éste es un don de Dios para todos, y su uso representa para nosotros una responsabilidad para con los pobres, las generaciones futuras y toda la humanidad. Cuando se considera la naturaleza, y en primer lugar al

ser humano, fruto del azar o del determinismo evolutivo, disminuye el sentido de la responsabilidad en las conciencias. El creyente reconoce en la naturaleza el maravilloso resultado de la intervención creadora de Dios, que el hombre puede utilizar responsablemente para satisfacer sus legítimas necesidades —materiales e inmateriales— respetando el equilibrio inherente a la creación misma. Si se desvanece esta visión, se acaba por considerar la naturaleza como un tabú intocable o, al contrario, por abusar de ella. Ambas posturas no son conformes con la visión cristiana de la naturaleza, fruto de la creación de Dios.

La naturaleza es expresión de un proyecto de amor y de verdad. Ella nos precede y nos ha sido dada por Dios como ámbito de vida. Nos habla del Creador (cf. *Rm 1,20*) y de su amor a la humanidad. Está destinada a encontrar la «plenitud» en Cristo al final de los tiempos (cf. *Ef 1,9-10; Col 1,19-20*). También ella, por tanto, es una «vocación». La naturaleza está a nuestra disposición no como un «montón de desechos esparcidos al azar», sino como un don del Creador que ha diseñado sus estructuras intrínsecas para que el hombre descubra las orientaciones que se deben seguir para «guardarla y cultivarla» (cf. *Gn 2,15*)».

Compartir en grupo: *El cuidado de la tierra no es sólo una moda de hoy (vertidos, la limpieza de las calles, la selección de basuras, el uso y consumo de agua, electricidad, plásticos, los frutos de la tierra...), es exigencia de ser seres creados y puestos en medio de lo creado para cuidar la tierra.*

- ¿Cómo vives personalmente este artículo del Credo: «Creo en solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra»? ¿A qué comportamientos te lleva?

- ¿Qué razones mueven a las personas para defender el medio natural?

- ¿Cómo educar en responsabilidad ecológica?

- Comenta estas frases de algunos escritores: «El mundo no te debe nada estaba antes que tú» (Marc Twain) «En lo que se diferencian los pájaros del ser humano es en su capacidad de construir, pero dejando el paisaje como estaba» (R Lynd).

TEMA

4

Jesucristo, hijo único de Dios, nuestro señor

Texto para orar

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos, en Cristo, por cuanto nos ha elegido en él desde antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia por el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo... En él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia... dándonos a conocer el Misterio de su voluntad... para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra» (Ef. 1, 3-10)

«En el centro de la catequesis encontramos esencialmente una persona, la de Jesús de Nazaret, Unigénito del Padre [...] que ha sufrido y ha muerto por nosotros y que ahora, resucitado, vive para siempre con nosotros» (CCE 426).

Por ello el núcleo de la catequesis es conocer a Cristo, el Verbo encarnado e Hijo de Dios y todo lo demás en referencia a Él (cf CCE 427)

La historia de la Alianza de Dios con los hombres llegó a su plenitud cuando Dios envió a su Hijo, nacido bajo la ley, cuando llegó la plenitud de los tiempos.

Por ello el catequista anuncia la inescrutable riqueza de Cristo (Ef. 3,8). Del conocimiento amoroso de Cristo brota el deseo de evangelizar, de llevar a otros a la fe en Jesucristo. Cf CCE 429



4.1. Jesucristo es «el verbo» (la «palabra» del padre) hecho hombre

El nombre de Jesús significa «Dios salva» El niño nacido de la Virgen María se llama «Jesús» *«porque el salvará a su pueblo de sus pecados»* (Mt 1,21).

- *En sentido amplio*, de Jesucristo se dice que es *«Palabra de Dios»*, en cuanto que él es la comunicación, la palabra más plena, que Dios dirige a los hombres para su salvación. En este sentido lo expresa la carta a los Hebreos: *«Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; y en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo –Jesucristo-...»*.

- *En sentido propio*, se llama a Cristo *«Palabra»* (*«Verbo»* en latín) en cuanto palabra proferida por el Padre desde siempre, palabra interna de Dios, anterior a toda comunicación a los hombres: la 2ª Persona de la Santísima Trinidad, preexistente a la encarnación. Así lo designa el prólogo del Evangelio de San Juan:

«En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios... Todo se hizo por ella, y sin ella no se hizo nada de cuanto existe... y la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros» (Juan 1,1-14).

Y San Pablo nos dice que Cristo, siendo Dios, se abajó, se hizo hombre:

«Cristo a pesar de su condición divina no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo pasando por uno de tantos» (Flp 2,5).

- **¿Por qué Jesús es el Mesías o Cristo?** Jesús es el Mesías o Cristo porque, ungido por el Espíritu Santo, es el Rey enviado por Dios Padre para establecer entre los hombres su Reinado de salvación, paz, justicia y amor (cf Prefacio Misa de Cristo Rey del Universo).

«Por otra parte eso es lo que significa su mismo nombre, porque en el nombre de Cristo está sobreentendido Él que ha ungido, Él que ha sido ungido y la Unción misma con la que ha sido ungido: Él que ha ungido, es el Padre, Él que ha sido ungido, es el Hijo, y lo ha sido en el Espíritu que es la Unción» (S. Ireneo, cf CCE 438)

- El misterio de quién es Jesús, **el Hijo de Dios**, lo van descubriendo los discípulos al oírsele decir de sí y ver que vive y actúa en constante referencia al Padre - *«Padre mío»*-, y de quien afirma que es Dios como Él - *«el Padre y yo somos una sola cosa»* (Jn 10,30)-, un mismo Ser, el Ser de Dios, pero distinto a Él, a quien se dirige como a otro en toda su vida, como Hijo al Padre: ora al Padre, el Padre es quien lo ha enviado, vuelve al Padre; su relación para con Él es filial, hasta el punto, enseña la Iglesia, que ella le constituye en persona.

Ninguna relación constituye al hombre en persona; ni siquiera la importantísima de la paternidad, que enriquece a la persona, pero no la constituye. Sin embargo, en la intimidad de la vida trinitaria, la pura respectividad o referencia del Hijo al Padre, le constituye en Persona; y viceversa; y la respectividad del Espíritu Santo para con el Padre y el Hijo le constituye también en Persona.

San Juan designa al Hijo de Dios como *«Palabra de Dios»*, palabra interior por Él engendrada.

Sto. Tomás afirma que, aunque el término *«Hijo»* equivale al de *Palabra*, éste es más, propio, pues añade la extraordinaria precisión de que la generación es por vía de inteligencia al modo como la inteligencia humana genera la

palabra interior o «concepto», comunicándole su misma naturaleza, espiritual e inmaterial en este caso, como es propio de toda generación.

San Agustín, en su profunda reflexión sobre la Trinidad, advierte que ya en el alma humana, pese a la unidad de la misma, existe una dualidad básica, la distinción real entre «mente» y «noticia». Ambas tienen el mismo «yo» o ser del alma, pero se distinguen entre sí, y nada más por ello, como generante y generado. Se distinguen por sus relaciones mutuas opuestas en cuanto que la «mente» concibe la «noticia», y ésta, por el contrario, es concebida por la mente (=palabra interior engendrada).

El Ser de Dios es plenitud de Vida, Vida por el Espíritu, es decir, vida –reflexiona Santo Tomás- por el entendimiento y el amor, que implica necesariamente alteridades o relaciones: de concipiente a concebido, de amante a amado, y sus correspondientes opuestas, en la intimidad del Ser de Dios.

4.2. Jesucristo, Dios y hombre verdadero

En los Evangelios vemos cómo Jesús va revelando a los discípulos quién es, y cómo van creyendo en él. Les revela el misterio de su persona: Dios mismo hecho hombre, el «Hijo de Dios» hecho hombre, el «Verbo (que) se hizo carne», el que sin dejar de ser Dios se ha hecho hombre en el seno de María Virgen y recibe el nombre de Jesús.

A la luz de la revelación, la Iglesia enseña que Nuestro Señor Jesucristo es:

- «una persona» (un solo «yo»: uno y el mismo el Hijo de Dios y el hijo de María), y que esta misteriosa y única unión de lo humano y lo divino es
- «en dos naturalezas» (divina y humana, ambas completas, distintas, sin mezcla no confusión de propiedades o de operaciones). Pues uno y el mismo es eterno como Dios y temporal como hijo de María, todopoderoso y débil, que nos ama como Dios desde siempre y nos quiere con corazón de hombre desde que le dio carne María, que es inmutable e impasible y que padece y muere por nosotros en la cruz...

En el s. V, Nestorio pretendió que Jesús y el Hijo de Dios no son una sola persona más que en sentido moral: en el sentido de que Jesús es un puro hombre tan unido a Dios por sus virtudes y su amistad con Él que bien puede considerársele uno con Dios, como Dios, aunque no porque realmente lo sea. Por ello, Nestorio protestaba contra la invocación popular y tradicional a la madre de Jesús, a la Virgen María, como «Madre de Dios»; habría que decir «madre del hombre» sin más.

4.3. La vida íntima de Dios; el misterio trinitario

El pueblo cristiano impulsado por el Espíritu Santo, conoce acerca del misterio de la Santísima Trinidad sobre todo de manera indirecta: a través de la oración, los sacramentos y la Liturgia toda de la Iglesia, se eleva desde lo que Dios hace en favor del hombre hasta el conocimiento de cómo sea la Vida íntima divina.

Del envío del Hijo por el Padre para hacernos hijos infiere el creyente la relación íntima divina de paternidad y la de filiación. Y del envío del Espíritu por el Padre y el Hijo para santificarnos infiere la relación de amor donante-donado. Pues por el Espíritu -*«dulce huésped del alma»*, como se dice en Pentecostés- el cristiano despierta, conoce y siente que Dios ama por puro don, por medio de Cristo que con él quiere entablar correspondencia de amor.

El misterio trinitario es el primero y más recóndito de nuestra fe, pues es el de la propia vida íntima de Dios. Y sólo Dios mismo puede dárnoslo a conocer. Cristo, el enviado del Padre al mundo, nos lo ha revelado: *«El que está en el seno del Padre, ése lo ha dado a conocer» (Jn 1, 18).*

Este misterio pese a ser el más elevado y difícil de la fe, es el más necesario para la salvación (junto con el de la encarnación-redención), y el primero que de pequeños aprendemos (al santiguarnos).

El misterio supera, es cierto, todo saber humano, pero no se expresa en términos ininteligibles que nada dicen. Por el contrario, las palabras Padre, Hijo, Espíritu Santo o Don, que proceden de la revelación del misterio por Cristo, nombran relaciones humanas fundamentales como son la paternidad o comunicación de propia naturaleza y la donación por amor (y con ellas, sus respectivas opuestas: filiación y recepción por amor) que como tales no implican imperfección ni limitación alguna sino plenitud de vida.

Las palabras del Bautismo para el ingreso de cada uno de nosotros en la Iglesia son justo aquéllas que Cristo confió a los Apóstoles al concluir su misión terrena antes de ascender al Cielo:

«Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 16-20).

Toda la novedad del Evangelio -*«ya no os llamo siervos sino amigos» (Jn 15,15)*- pende de este misterio, que siendo el más alto y recóndito, es precisamente *por el que Dios se nos hace más próximo e íntimo*. Mientras el hombre no llega a su conocimiento, la relación con Dios es necesariamente distante, sólo como de criatura a Creador, de siervo a dueño; nunca concibe que Dios quiera entablar relación íntima con él.

La historia de las religiones de todos los tiempos es muy ilustrada al respecto. El ateísmo como fenómeno social es sólo un hecho contemporáneo. Y sin embargo, la relación del hombre con Dios, marcada por el temor y el respeto distante, aparece casi como una constante histórica. Constante hoy con frecuencia superada por el falso atajo del orgullo humano, del que «sabe» que no hay Dios, o del que «pasa», impulsado por la tremenda tentación de no dar a Dios importancia en la vida, y que conduce también al ateísmo.

El pueblo de Israel sí presintió algo de la bondad y cercanía de Dios, y tuvo conciencia de que esa cercanía - la Alianza que Yahveh por propia iniciativa había hecho con él- era lo que realmente lo distinguía de los demás pueblos y naciones de la tierra:

«Pregunta, pregunta a los tiempos antiguos, que te han precedido desde el día en que Dios creó al hombre sobre la tierra: ¿Hubo jamás desde un extremo a otro del cielo palabra tan grande como ésta? ¿Se oyó cosa semejante? ¿Hay algún pueblo que haya oído como tú has oído la voz del Dios vivo..? ¿algún dios intentó jamás venir a buscarse una nación de en medio de otras naciones por medio de pruebas, señales, prodigios.., como todo lo que Yahveh vuestro Dios hizo con vosotros? Dt 4, 32-34).

La Iglesia como nuevo «Pueblo de Dios» en medio de las naciones, ha recibido de Cristo la plenitud de la revelación del amor de Dios a los hombres para darlo a conocer y que participen todos de él: que tengan a Dios por Padre (*por la gracia de nuestro Señor Jesucristo*), que nos lo ha conseguido, y «*la comunión del Espíritu Santo*» que nos aviva y acrecienta esta filiación (cf 2Cor 13,13).

Ya al alma humana le sucede que su intimidad, signo de plenitud de vida, es el fundamento de toda comunicatividad (nadie es capaz de comunicar a otros pensamientos, sentimientos, afectos..., sin que antes vivan íntimamente en él). De manera análoga, la nueva y definitiva Alianza de Dios con los hombres –comunicación de su misma vida divina- procede de su vida íntima. Dios es Ser, Vida y Espíritu. Él es el Viviente y origen de toda vida divina.

4.4. El plan de Dios para el hombre es configurarlo según Cristo

Desde el comienzo de la historia cristiana, la afirmación del señorío de Jesús sobre el mundo y sobre la historia significa también reconocer que el hombre no debe someter su libertad personal, de modo absoluto, a ningún poder terrenal sino sólo a Dios Padre y al Señor Jesucristo: César no es el «Señor». «La Iglesia cree que la clave, el centro y el fin de toda historia humana se encuentra en su Señor y Maestro» (CCE 450).

Qué plan tenga Dios a favor del hombre sólo puede conocerse mirando a Cristo. Pues según es Él –humano y divino- quiere Dios configurar al hombre; y para ello, lo hace divino al adoptarlo como hijo (al comunicarle su propia vida):

«Dios... [por su eterno designio] –explica S. Pablo- nos ha elegido para ser santos e inmaculados en su presencia en el amor, eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, [para que en la plenitud de los tiempos] todo tenga a Cristo por Cabeza [y, definitivamente, entremos en la herencia prometida de su gloria] los que ya antes esperábamos en Cristo» (Ef. 1, 3-12).

Sin este plan divino no se entiende qué sea la humanidad. Y en tanto que ésta no se configura según Cristo, «*la creación entera gime... y sufre con dolores de parto*» (Rom 8,22).

El «*hombre viejo*» –como llama San Pablo al hombre pecador (cf Rom 6,6)-, al ser adoptado por Dios como hijo suyo por pura misericordia es transformado radicalmente. Es hecho un «*hombre nuevo*». Liberado del pecado, entra en comunión de intimidad con Dios, comunión de hijo con su Padre fundada en el propio Ser de Dios –en la vida íntima trinitaria que inhabita en el cristiano- y en el Mediador que nos la consigue, Cristo al dar su vida por nosotros.

Toda tentación de atenuar la trascendencia de estas verdades sobre la vida de las personas y de las sociedades y de reducir las al ámbito íntimo de la conciencia –o, por el contrario, de reducir las a puro compromiso sociopolítico- atenta directamente contra la fe. Urge, en cambio, recordar siempre que somos transformados por Cristo para que el amor de Dios esté en nosotros -ya en este mundo, y de modo pleno en la vida eterna- y que sólo dejándonos configurar por Cristo –«*el que quita el pecado del mundo*»- se construye reino con plenitud del todo superior a la que cabe esperar de las débiles fuerzas humanas, muy limitadas si les falta la gracia de Cristo, y por sí solas impotentes frente al poder del Maligno.

Pesa sobre el hombre, para inducirlo a minimizar o relativizar la fuerza transformadora del mundo que tiene la vida en Cristo, la vieja tentación –doble tentación- a la que se refiere el Apóstol San Pablo en 1Cor 1,22-23:

«Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría; nosotros predicamos a Cristo crucificado; escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres y la debilidad divina, mas fuerte que la fuerza de los hombres».

4.5. La verdad plena del hombre está en Cristo

«La Iglesia cree que la clave, el centro y el fin de toda historia humana se encuentra en su Señor y Maestro» (CCE 450).

La verdad plena del hombre –lo que el hombre es- sólo se conoce desde la verdad de Cristo.

Cada ciencia humana (biología, medicina, antropología, sociología filosofía, historia...) aporta los conocimientos sobre el hombre que le son propios, pero siempre se ha de detener, ignorante e impotente, ante el misterio de la necesidad de salvación, ante la cuestión clave de qué le sucede al hombre que no logra liberarse de los males que a un tiempo obra y padece sin poderlo remediar.

Sólo desde el misterio de Cristo –desde el misterio del amor de Dios hecho hombre para salvarnos por su muerte en cruz, que resucitado nos envía el Espíritu Santo- se nos revela, se nos ilumina, el misterio de cada persona humana como ser necesitado absolutamente de salvación o redención (sometido a la esclavitud del pecado) y destinado a ser configurado según Cristo (a ser divinizado a imagen de Jesús, humano y divino).

¿Cómo es esta «configuración según Cristo», esta «sobreabundancia de gracia», expresión también paulina? Digamos que es vida de Dios y por Dios, por su amor e infinita misericordia hacia nosotros: vida de gracia, tanto por ser gratuita como porque nos hace gratos a la vista de Dios.

Al Apóstol S. Pablo, esta transformación del hombre obrada por Dios –que permite hasta el pecado del hombre para mostrar su amor de misericordia en el perdón y así llenar de gozo el corazón humano-, le hace exclamar:

«Así como vosotros [gentiles romanos] fuisteis en otro tiempo rebeldes contra Dios [-paganos-], mas al presente habéis conseguido misericordia a causa de [la] rebeldía [de los israelitas], así también ellos [los israelitas] se han rebelado con ocasión de la misericordia otorgada a vosotros [romanos], a fin de que también consigan ahora misericordia. Pues Dios encerró a todos los hombres en la rebeldía para usar con todos ellos de misericordia...»

..¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¿Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos! ¿Quién conoció el pensamiento del Señor? ¿Quién fue su consejero?..» (Rom 11, 30-33).

4.6. El Señor

El nombre con que Dios se reveló a moisés, YHWH, es traducido por Kyrios [«Señor»]. Señor se convierte en el nombre más habitual para designar al Dios de Israel, que en el Nuevo Testamento se aplica a Jesús para designar que es el hijo de Dios; La Pesca milagrosa «Dice, pues, aquel discípulo, a quien amaba Jesús, a Pedro –Es el Señor» (Jn 21,7)

Por consiguiente a Jesús le corresponde el mismo honor y gloria debidos a Dios.

El Nuevo Testamento y la fe de la Iglesia nos muestran a Jesucristo no como un hombre extraordinario en el que Dios está presente de un modo singular sino como aquel hombre irrepetible que, al mismo tiempo, es el Hijo de Dios.

En la Eucaristía, después de la consagración, proclamamos: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven Señor Jesús!»

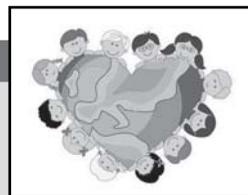
Anuncio que debe llenar de esperanza la labor evangelizadora a la vez que reconocemos a Jesús como Único Señor de la historia.

«¡Amén! ¿Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20).

En la última guerra mundial unos prisioneros cristianos rezaban con toda el alma las palabras del «Gloria» de la misa, referidas a Jesucristo que dicen: «Tú sólo Señor». Vivían oprimidos en un campo de concentración. En esta situación reconocían con más fuerza y verdad que nunca que sólo Jesucristo era su Señor.

PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO

- ¿En qué momento Tomás confeso: «Señor mío y Dios mío»?
- ¿En qué momentos es ungido el cristiano?
- ¿Cómo cultivo mi amistad con Jesús, qué trato le doy?
- La Iglesia en la celebración de la Eucaristía, nos dice cuatro veces este saludo: «El Señor esté con vosotros». ¿En qué momentos? ¿Qué significa?
- Buscad en el Catecismo *Jesús es el Señor* y en los materiales catequéticos que utilizáis como expresan la fe de la Iglesia en Jesucristo Hijo de Dios, nuestro Señor.



Una oración para terminar:

«Tras el destierro en la tierra espero gozar de ti en la Patria, pero no quiero amontonar méritos para el Cielo, quiero trabajar *sólo por vuestro amor*...En el atardecer de la vida compareceré ante ti con las manos vacías, Señor, porque no te pido que cuentes mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a tus ojos. Por eso quiero revestirme de tu propia *Justicia* y recibir de tu *Amor* la posesión eterna de *ti mismo*» (CCE 2011).

TEMA

5

Jesucristo fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen

Leemos

«En aquel tiempo el ángel Gabriel fue, enviado por Dios, a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María (...) María contestó: he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Y la dejó el ángel» *Lc 1, 26-38*



Conocer más

Contemplar la imagen de *San Juan contempla la Inmaculada Concepción* de El Greco, antes de número 357 del Catecismo de la Iglesia Católica y leer la explicación.

Rezamos

Señor y Dios nuestro, a cuyo designio se sometió la Virgen Inmaculada, aceptando al anunciárselo el ángel, encarnar en su seno a tu Hijo; y ya que la has transformado en templo de la divinidad, concédenos siguiendo su ejemplo, la gracia de aceptar tus designios con humildad de corazón. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Datos personales de María

Nombre: María.

Apellidos: muchos y muy variados. El primero de todos y el más importante es Madre.

Fecha de nacimiento: fue un 8 de septiembre, más sé que debo nacer en el momento en que un hijo me necesita.

Lugar de nacimiento: nací en Nazaret... pero nací y sigo naciendo, eso sí, sólo si él quiere, en el corazón de cada uno de mis hijos.

Dirección: siempre tras los pasos de mi Hijo, de mis hijos.

Estudios: Licenciada en Maternidad aunque todavía me queda alguna asignatura pendiente. Bueno para qué voy a engañarle, seguiré echando codos y corazón toda la vida. Y es que hacer de madre es lo único que sé hacer.

Experiencia profesional: contrato indefinido a su lado (turno de 24 horas al día, de 7 días de la semana, de 365 días al año y si es bisiesto pues... 366).

Idiomas: nivel alto en el lenguaje del silencio (mis labios se cierran, mis oídos se abren y mi corazón se enternece siempre que un hijo quiere echar una parrafada conmigo).

Informática: nivel avanzado en base de datos. Todos los días mis equipos informáticos actualizan todo lo bueno que hay en mis hijos, almacenándolo directamente en mi Corazón y lo malo lo tiran a la papelera.

Otros datos de interés: disponibilidad de incorporación inmediata (tengo las maletas en la puerta, deseosa de coger el primer autobús que salga) ¡Tan sólo espero su llamada!

Referencias: llevo muchos años haciendo prácticas con mis hijos más queridos. Sí, sí, ¡no ponga esa cara!, son también hermanos suyos, o acaso, ¿no les reconoces...?

Nació de Santa María Virgen

Dios y hombre

Enseguida que la Iglesia tuvo necesidad de expresar en un Credo lo más esencial de la fe cristiana, incluyó la afirmación de que Jesucristo fue concebido en el seno de María Santísima, la Virgen, por obra y gracia del Espíritu Santo. Esta verdad del nacimiento virginal de Jesús se apoya en los textos del Nuevo Testamento y ha estado siempre presente en la conciencia de la Iglesia. La maternidad virginal de María, tal y como fue realizada por Dios, es totalmente excepcional, milagrosa e irrepetible, porque es una maternidad virginal, la Madre de Jesús es Madre-Virgen. Esta fe de la Iglesia quedó condensada en los primerísimos símbolos.

En los evangelios de la infancia

El texto de Mt 1, 18-24, dice textualmente que la concepción de Jesús se realizó virginalmente, sin concurso de varón y por obra del Espíritu Santo. Antes de conviviesen con José, con quien estaba desposada, se halló María encinta por la gracia del Espíritu Santo. Además Mateo cita el texto de Is 7, 14, la profecía de Natán en la que aparece una referencia profética a Cristo el Emmanuel, para darle cumplimiento de tal modo que el evangelista ve en la virgen que concebirá una imagen de María. Al poner esa cita veterotestamentaria, el evangelista nos indica que la antigua

profecía hecha por Isaías en el 754 a. C. se cumple ahora en su sentido más pleno en la concepción virginal de Jesús en el seno de María. También nos habla de esto el texto de Lc 1, 34, *¿cómo será esto, pues no conozco varón?* Nos habla de la virginidad de María en el momento de la concepción y también de un propósito de mantener intacta su virginidad para ofrecerla a Dios.

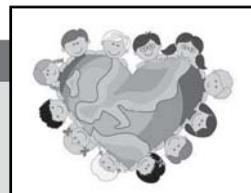
PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO

- ¿Qué ha representado para ti la frase: Nació de Santa María, Virgen?
¿Qué te aporta el tema?

- María se presenta como creyente. ¿Podrías, en grupo, perfilar las características de la fe en María desde la verdad doctrinal de que María es virgen antes del parto, en el parto, y después del parto?

- ¿Te surge algún interrogante? ¿Qué?

- Escribe una carta a la Virgen



María en la Fe de la Iglesia

ELEGIDA POR DIOS DESDE TODAS LA ETERNIDAD

«Dios envió a su Hijo» (Ga 4, 4), pero para «formarle un cuerpo» (cf. Hb 10, 5) quiso la libre cooperación de una criatura. Para eso desde toda la eternidad, Dios escogió para ser la Madre de su Hijo, a una hija de Israel, una joven judía de Nazaret en Galilea, a «una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María» (Lc 1, 26-27):

Desde toda la eternidad, Dios escogió, para ser la Madre de su Hijo, a una hija de Israel, a una judía desposada con José, llamada María. Ella es Madre de Dios, siempre virgen, es la obra maestra de la misión del Hijo y del Espíritu Santo. Por primera vez en el designio de salvación, el Padre encuentra el lugar propicio donde pueden morar el Hijo y el Espíritu de una forma nueva entre los hombres. Por ello María es aclamada por los cristianos de todos los tiempos, asiento de la Sabiduría.

OBRA MAESTRA DE LA TRINIDAD

A lo largo de toda la Antigua Alianza, la misión de María fue preparada por la misión de algunas santas mujeres. Al principio de todo está Eva: a pesar de su desobediencia, recibe la promesa de una descendencia que será vencedora del Maligno (cf. Gn 3, 15) y la de ser la Madre de todos los vivientes (cf. Gn 3, 20). En virtud de esta promesa, Sara concibe un hijo a pesar de su edad avanzada (cf. Gn 18, 10-14; 21, 1-2). Contra toda expectativa humana, Dios escoge lo que era tenido por impotente y débil (cf. 1 Co 1, 27) para mostrar la fidelidad a su promesa: Ana, la madre de Samuel (cf. 1 S 1), Débora, Rut, Judit, y Ester, y muchas otras mujeres. María «sobresale entre los humildes y los pobres del Señor, que esperan de él con confianza la salvación y la acogen. Finalmente, con ella, excelsa Hija de Sión, después de la larga espera de la promesa, se cumple el plazo y se inaugura el nuevo plan de salvación» (LG 55).

Fue el Espíritu Santo quien preparó a María adornándola con sus dones y gracias. Convenía que fuese llena de gracia quien iba a ser el trono de Aquél en quien habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad. Ella fue ya preservada de la mancha de origen desde el mismo momento de su concepción por eso el ángel Gabriel la saluda con el alégrate, llena de gracia. Es llena de dones y carismas de Dios por la misión que iba a desempeñar en la Historia de Salvación: Madre, Corredentora, Medianera de las gracias.

EL ESPÍRITU SANTO PREPARÓ A MARÍA PARA SU ALTÍSIMA MISIÓN

A lo largo de los siglos, la Iglesia ha tomado conciencia de que María «llena de gracia» por Dios (Lc 1, 28) había sido redimida desde su concepción

Desde siempre en la Iglesia existió la profunda convicción de que desde el mismo momento de su concepción, María es Inmaculada y no hay en ella mancha de pecado ni original ni personal. Es lo que definió dogmáticamente el Papa Pío IX en 1854. Toda esa santidad resplandeciente le viene de los méritos de Cristo, porque María es la primera redimida, cabeza de todos los salvados por los méritos de su Hijo.

Llamada en los Evangelios «la Madre de Jesús»(Jn 2, 1; 19, 25; cf. Mt 13, 55, etc.), María es aclamada bajo el impulso del Espíritu como «la madre de mi Señor» desde antes del nacimiento de su hijo (cf Lc 1, 43). En efecto, aquél que ella concibió como hombre, por obra del Espíritu Santo, y que se ha hecho verdaderamente su Hijo según la carne, no es otro que el Hijo eterno del Padre, la segunda persona de la Santísima Trinidad. La Iglesia confiesa que María es verdaderamente Madre de Dios [«Theotokos»] (cf. DS 251).

María es Madre de Dios, porque concibió al Dios- Hombre en su seno por la virtud del Espíritu Santo, porque Cristo es Hijo de María según la carne y Cristo es el Hijo de Dios, Segunda Persona de la Trinidad Beatísima. Por eso la Iglesia confiesa desde antiguo que María es verdaderamente, Madre de Dios, *Theotokos*.

CONCEPCIÓN VIRGINAL, POR OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

Desde las primeras formulaciones de la fe (cf. DS 10-64), la Iglesia ha confesado que Jesús fue concebido en el seno de la Virgen María únicamente por el poder del Espíritu Santo, afirmando también el aspecto corporal de este suceso: Jesús fue concebido «absque semine ex Spiritu Sancto» (Cc Letrán, año 649; DS 503), esto es, sin elemento humano, por obra del Espíritu Santo. Los Padres ven en la concepción virginal el signo de que es verdaderamente el Hijo de Dios el que ha venido en una humanidad como la nuestra:

Y la concepción de Cristo es virginal porque así convenía y así fue realizado por Dios para mostrar la gratuidad de la Redención ya que no intervino en la concepción criatura humana alguna y para mostrar cómo el Salvador proviene sólo de Dios y no de los hombres. Por eso Santa María es virgen antes, durante y después del parto, es un misterio incomprensible y un hecho singular e irrepetible. María es Virgen en sentido corporal, su cuerpo está intacto, y en sentido espiritual ya que el alma de María es también virgen pues decidió consciente y libremente pertenecer exclusivamente a Dios. Ambas realidades son dos caras de una misma moneda, a la integridad física antes, durante y después del parto, se suma la virginidad del alma de Santa María, y al revés.

ELLA, MADRE DEL «CRISTO TOTAL», MODELO EMINENTE DE FE

En María el Espíritu Santo realiza el designio benevolente del Padre. La Virgen concibe y da a luz al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo. Su virginidad se convierte en fecundidad única por medio del poder del Espíritu y de la fe (cf. Lc 1, 26-38; Rm 4, 18-21; Ga 4, 26-28).

En María, el Espíritu Santo manifiesta al Hijo del Padre hecho Hijo de la Virgen. Ella es la zarza ardiente de la teofanía definitiva: llena del Espíritu Santo, presenta al Verbo en la humildad de su carne dándolo a conocer a los pobres (cf. Lc 2, 15-19) y a las primicias de las naciones (cf. Mt 2, 11).

En fin, por medio de María, el Espíritu Santo comienza a poner en Comunión con Cristo a los hombres «objeto del amor benevolente de Dios» (cf. Lc 2, 14), y los humildes son siempre los primeros en recibirle: los pastores, los magos, Simeón y Ana, los esposos de Caná y los primeros discípulos.

María al ser Madre y Virgen es figura y prototipo de la Iglesia que es Madre de los creyentes a los que engendra en la fe y en el bautismo, y es Virgen porque es la Esposa pura y casta de Cristo- Esposo. María es Madre de la Iglesia

porque aceptó con el fiat de la anunciación, su misión maternal y después de la Ascensión los apóstoles se reunían en torno a Ella en la espera del Espíritu. Por eso es llamada por los Padres de la Iglesia, Nueva Eva, porque si por Eva entró el pecado en el mundo, por María, unida a Cristo el único Mediador, ha venido al mundo la Salvación, ha pisado la cabeza de la antigua serpiente (cf. Gn 3, 15).

Al término de esta Misión del Espíritu, María se convierte en la «Mujer», nueva Eva «madre de los vivientes», Madre del «Cristo total» (cf. Jn 19, 25-27). Así es como ella está presente con los Doce, que «perseveraban en la oración, con un mismo espíritu» (Hch 1, 14), en el amanecer de los «últimos tiempos» que el Espíritu va a inaugurar en la mañana de Pentecostés con la manifestación de la Iglesia.

María es modelo de fe, una fe que le llevó a aceptar su misión de Madre en todo momento. Por eso la vemos al pie de la Cruz, asociada al dolor redentor de su Hijo el cual nos la entrega como Madre en la persona del apóstol Juan. Su fe, aún al pie de la Cruz, no vaciló porque no cesó de creer en el cumplimiento de la Palabra de Dios.

ASOCIADA A ÉL EN SU RESURRECCION, ES LA ADELANTADA DE LA RESURRECCIÓN DE TODOS LOS CRISTIANOS

«Finalmente, la Virgen Inmaculada, preservada libre de toda mancha de pecado original, terminado el curso de su vida en la tierra, fue llevada a la gloria del cielo y elevada al trono por el Señor como Reina del universo, para ser conformada más plenamente a su Hijo, Señor de los Señores y vencedor del pecado y de la muerte» (LG 59; cf. la proclamación del dogma de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María por el Papa Pío XII en 1950: DS 3903). La Asunción de la Santísima Virgen constituye una participación singular en la Resurrección de su Hijo y una anticipación de la resurrección de los demás cristianos.

Y porque participó de modo eminente en la Redención obrada por Cristo, al terminar el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la Gloria del Cielo y coronada como Reina del Universo, intercede por la Iglesia de todos los tiempos. La Asunción de María al Cielo es una verdad dogmática de fe, proclamada infaliblemente por Pío XII en 1950 con la bula *Munificentissimus Deus*.

«Esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde el consentimiento que dio fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz, hasta la realización plena y definitiva de todos los escogidos. En efecto, con su asunción a los cielos, no abandonó su misión salvadora, sino que continúa procurándonos con su múltiple intercesión los dones de la salvación eterna... Por eso la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora» (LG 62).

Su maternidad sobre la Iglesia perdura ahora en el Cielo y por ello es invocada con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro y Mediadora. Después de su gloriosa Asunción, no abandona su misión maternal y por ello continua procurándonos con su múltiple intercesión los dones de la salvación eterna. Con razón se ha llamado a la intercesión mariana «omnipotencia suplicante», pues los cristianos estamos convencidos de que Ella lo puede todo ante el trono del Altísimo. A María miramos porque es la obra maestra de Dios, es modelo de todo cristiano. La Iglesia toda dirige sus ojos a María para admirar las grandezas de Dios, los dones de Dios que Ella acogió e hizo suyos de forma prominente con su obediencia de la fe.

LOS CRISTIANOS TRIBUTAMOS A LA MADRE DE DIOS, CON RAZÓN, UN CULTO ESPECIAL

«Todas las generaciones me llamarán bienaventurada» (Lc 1, 48): «La piedad de la Iglesia hacia la Santísima Virgen es un elemento intrínseco del culto cristiano» (MC 56). La Santísima Virgen «es honrada con razón por la Iglesia con un culto especial. Y, en efecto, desde los tiempos más antiguos, se venera a la Santísima Virgen con el título de `Madre de Dios', bajo cuya protección se acogen los fieles suplicantes en todos sus peligros y necesidades... Este culto... aunque del todo singular, es esencialmente diferente del culto de adoración que se da al Verbo encarnado, lo mismo que al Padre y al Espíritu Santo, pero lo favorece muy poderosamente» (LG 66); encuentra su expresión en las

fiestas litúrgicas dedicadas a la Madre de Dios (cf. SC 103) y en la oración mariana, como el Santo Rosario, «síntesis de todo el Evangelio» (cf. Pablo VI, MC 42).

Es natural que los cristianos tributemos culto a nuestra Madre Inmaculada. Esta «verdadera devoción no consiste en un sentimentalismo estéril y transitorio, ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe auténtica, que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, que nos impulsa a un amor filial a nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes» (Concilio Vaticano II, *Const. Lumen Gentium*, 67)

LA PROFECÍA DE MARÍA SE HA CUMPLIDO

¡Bienaventurados los que viven según las actitudes de María porque serán verdaderamente cristianos!

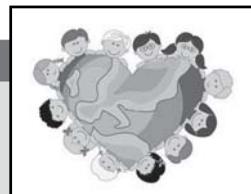
El culto a María prumueve actitudes cristianos profundas.

- La sincera apertura a la voluntad del Padre;
- la actitud de oyente de la Palabra de Dios por la fe;
- la oración en común, como María en la Iglesia naciente;
- la alabanza en el sentido del «Magnificat»;
- la maternal solicitud para incorporar nuevos hijos a la comunidad eclesial;
- la actitud de ofrenda sacrificial por el pecado del mundo y por las infidelidades de los miembros de la iglesia.
- la gozosa esperanza en medio de las dificultades de la vida.

PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO

- ¿Cómo vivo y transmito en mi vida, en la Catequesis el amor y devoción a la Virgen?

- Repasamos y comentamos en los momentos en que María aparece en el Evangelio. ¿Qué aprendemos para vivir y comunicar?



Canto final

**Madre de los creyentes que siempre fuiste fiel,
danos tu confianza, danos tu fe (bis)**

1. Pasaste por el mundo en medio de las tinieblas,
sufriendo a cada bajo la noche de la fe.
Sitiendo cada día la espada del silencio,
a oscuras padeciste el riesgo de creer.

2. Guardaste bajo llave las dudas y batallas,
formándose el misterio al pie del corazón.
Debajo de tu pecho, de amor inagotable,
la historia se escribía de nuestra Redención.

TEMA

6

Jesucristo
padeció bajo el poder
de Poncio Pilato,
fue crucificado,
muerto y sepultado,
descendió a los infiernos



6. 1. Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado

CIRCUNSTANCIAS HISTÓRICAS DE LA MUERTE DEL SEÑOR

Muchos se han preguntado cómo se pudo llegar a la ejecución de un hombre que no predicaba otra cosa que el amor de Dios e invitaba al amor entre los hombres, que curaba a los enfermos, alentaba a los pobres y desesperados y condenaba la agitación y la violencia. Teniendo en cuenta el juego de fuerzas de los diferentes grupos sociales y las corrientes políticas de entonces, pueden aducirse razones históricas que avalarían la tesis de que se trató de eliminar a un líder popular incómodo. También Juan Bautista había sufrido un desenlace trágico, como la mayor parte de los profetas (cf Lc 6,23). Jesús, por su defensa de los pobres, su crítica a la práctica farisaica de la ley y a gestión saducea del templo, por su palabra sincera, su libertad insobornable y su conducta ejemplar habría entrado en conflicto con los poderes dominantes de su pueblo. Veamos cómo explica el Catecismo de la Iglesia Católica las circunstancias históricas de la muerte de Jesús:

N. 574. Desde los comienzos del ministerio público de Jesús, fariseos y partidarios de Herodes, junto con sacerdotes y escribas, se pusieron de acuerdo para perderle (cf Mc 3, 6). Por algunas de sus obras (expulsión de demonios, cf Mt 12, 24; perdón de los pecados, cf Mc 2, 7; curaciones en sábado, cf Mc 3, 1-6; interpretación original de los preceptos de pureza de la Ley, cf Mc 7, 14-23; familiaridad con los publicanos y los pecadores públicos, cf Mc 2 14-17), Jesús apareció a algunos malintencionados sospechoso de posesión diabólica (cf Mc 3, 22; Jn 8, 48; 10, 20). Se le acusa de blasfemo (cf Mc 2, 7; Jn 5, 18; 10, 33) y de falso profetismo (cf Jn 7, 12; 7, 52), crímenes religiosos que la Ley castigaba con pena de muerte a pedradas (cf Jn 8, 59; 10, 31).

N. 575. Muchas de las obras y de las palabras de Jesús han sido, pues un «signo de contradicción» (Lc 2, 34) para las autoridades religiosas de Jerusalén... (cf Jn 1, 19; 2, 18; 5,10; 7, 13; 9, 22; 18, 12; 19, 38; 20, 19)...

N. 576. A los ojos de muchos en Israel, Jesús parece actuar contra las instituciones esenciales del Pueblo elegido:

- Contra el sometimiento a la *Ley* en la integridad de sus preceptos escritos y, para los fariseos, su interpretación por la tradición oral.
- Contra el carácter central del *Templo* de Jerusalén, como lugar santo donde Dios habita de una manera privilegiada.
- Contra la fe en el *Dios único*, cuya gloria ningún hombre puede compartir.

N. 596. Las *autoridades religiosas* de Jerusalén no fueron unánimes en la conducta a seguir respecto de Jesús (cf Jn 9, 16; 10, 19). Los *fariseos* amenazaron de excomuniación a los que le siguieran (cf Jn 9, 22). A los que temían que «todos creerían en Él; y vendrían los romanos y destruirían nuestro Lugar Santo y nuestra nación» (Jn 11, 48), el *sumo sacerdote* Caifás les propuso profetizando: «Es mejor que muera uno solo por el pueblo y no que perezca toda la nación» (Jn 11, 49-50). El *Sanedrín* declaró a Jesús «reo de muerte» (Mt 26, 66) como blasfemo, pero, habiendo perdido el derecho a condenar a muerte a nadie (cf Jn 18, 31), entregó a Jesús a los romanos acusándole de revuelta política (cf Lc 23, 2), lo que le pondrá en paralelo con Barrabás acusado de «sedición» (Lc 23, 19). Son también las amenazas políticas las que los sumos sacerdotes ejercen sobre *Pilato* para que éste condene a muerte a Jesús (cf Jn 19, 12.15.21).

CÓMO AFRONTA JESÚS SU MUERTE

Toda la vida de Jesús se explica *desde la misión* que el Padre le había encomendado. El Hijo eterno *al entrar en el mundo* vino a cumplir *la voluntad de Dios* (cf Heb 10,7): anunciar y hacer posible la salvación (la felicidad completa) de la humanidad. Así explica Pablo VI la misión del Señor: *Jesús anuncia la salvación, ese gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es sobre todo liberación del pecado y del maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser conocido por El, de verlo, de entregarse a Él.*

Por ser fiel al Padre y a la misión encomendada, *Jesús asumió voluntariamente* su muerte (cf Jn 10,18). De hecho, Jesús hubiera podido desaparecer de Jerusalén aquellos días. En las vísperas de su pasión, cuando percibía

³ Exortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* 9.

lo que se le venía encima, dice claramente: *Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué voy a decir? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero ¡si he llegado a esta hora para esto! Padre, glorifica tu Nombre* (Jn 12, 27-28). Y, cuando Pedro trata de defenderlo usando la espada, en el momento del prendimiento, en Getsemaní, Jesús advierte a Pedro: *Vuelve la espada a la vaina. El cáliz que me ha dado el Padre, ¿no lo voy a beber?* (Jn 18, 11). Así lo explica Benedicto XVI: *fue una libre elección suya, por generosa adhesión al plan de salvación del Padre... Todo esto el Señor del universo lo hizo por amor a nosotros*⁴.

Fue una elección libre, pero no fácil. Si somos fieles a los textos evangélicos, descubrimos en Jesús dos sentimientos aparentemente incompatibles: *angustia y confianza*, sin desechar ninguno de los dos. Él no se avergüenza de compartir con sus discípulos su miedo y su tristeza: *comenzó a sentir tristeza y angustia. Entonces les dice: «Mi alma está triste hasta el punto de morir»* (Mt 26,37-38; cf Mc 14,33 y Lc 22,44). José Luis Martín Descalzo resume así la escena de Getsemaní: *sus labios temblaban, pero no los apartará del cáliz de la pasión*. Su oración en la cruz es desgarradora: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* Estas palabras son el comienzo del salmo 22, una oración que expresa angustia y también confianza en Dios.

Dice el teólogo Käsemann: *El Hijo conserva todavía la fe cuando, al parecer, la fe ya no tiene sentido, cuando la realidad terrena anuncia la ausencia de Dios, de la que hablan no sin razón el mal ladrón y la turba, que se mofa de Él. Su grito no se dirige a la vida y a la supervivencia, no se dirige a sí mismo, sino al Padre. Su grito contradice la realidad de todo el mundo*. Confía en Dios Padre contra toda razón, cuando hasta la misma Escritura parece que lo condena, al afirmar *Maldito todo el que está colgado de un madero* (Dt 21,23). R. Pesch escribe: *La oración de Jesús no es un grito de desesperación, sino una expresión de confianza, expresión de su inmovible fe en Dios, proporcional a su necesidad extrema*. Jesús expresa con más claridad esta confianza utilizando las palabras del salmo 31: *Padre, en tus manos pongo mi espíritu* (Lc 23,46).

SIGNIFICADO DE LA MUERTE DE JESUCRISTO

Este artículo del Credo –dice Santo Tomás– es tan arduo que nuestro entendimiento apenas puede comprenderlo... La gracia de Dios es tan grande y tal su amor para con nosotros, que Él ha hecho más de lo que nosotros podemos entender. Para poder profundizar en el significado de la muerte de Cristo hemos de avanzar por el camino de amor. El que no ama nunca entenderá qué significa la muerte del Señor. *Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama*⁵. Por ello, antes de leer los siguientes párrafos, sería oportuno recordar experiencias en las que hemos sentido como una persona nos ha amado y ha sufrido por nuestros errores y desgracias; también traigamos a la memoria momentos en los que hemos sufrido por amor, por ser fieles a una persona, a una misión.

La Biblia no nos presenta la cruz como la justa satisfacción a un Dios que, airado por los pecados de los hombres, reclama una víctima inocente y pura⁶. Esta idea, muy difundida, hace increíble el mensaje del amor de Dios que el mismo Jesús manifestó, *porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna* (Jn 3, 16).

Por regla general, en las religiones del mundo, los sacrificios tienen como objetivo restablecer la relación perturbada con Dios, apaciguar su ira y conseguir sus beneficios. El Nuevo Testamento nos ofrece una visión

⁴ Benedicto XVI, Audiencia General, 8 de abril de 2.009. ⁵ Cf Carta Encíclica *Deus Caritas Est* 18.

⁶ Cf. Comisión Teológica Internacional. *Cuestiones selectas de Cristología* n. 7.

completamente distinta: no es el hombre quien se acerca a Dios y le ofrece un don para aplacarlo; es *Dios quien se acerca al hombre para dispensarle un don*. El don es su propio Hijo *entregado* para nosotros, hasta el punto de ser triturado por la errada conducta de los hombres, *por nuestros pecados*.

La cruz nos revela un amor más fuerte que la muerte. Este amor nos ayuda a reconocer nuestro pecado, a arrepentirnos, a liberarnos de él, a vivir una vida nueva. Este amor nos da la certeza de que *ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro* (Rm 8,38-39). Este amor nos redime, nos salva del miedo a Dios y al futuro, de la soledad y el desamor⁷. La muerte violenta de Jesús, por consiguiente, pertenece al *misterio de amor* que Dios tiene a sus criaturas⁸. Así lo entiende la primera comunidad de discípulos después de la Resurrección: *La prueba de que Dios nos ama — escribe San Pablo a los cristianos de Roma— es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros* (Rom. 5, 8). *Dios ama tanto al hombre que, haciéndose hombre él mismo, lo acompaña incluso en la muerte*⁹.

Jesús, al dar su vida *como rescate por muchos* (Mt 20,28), nos ha redimido y reconciliado con los hombres de todas las épocas y llegamos a ser amigos de Dios, hijos del Padre celestial. *Amigo*, así llama Jesús a Judas y le dirige el último y dramático llamamiento a la conversión. *Amigo* nos llama a cada uno de nosotros, porque es verdadero amigo de todos. Para Él no hay diferencia de raza y cultura. Jesucristo murió para manifestar el amor de Dios al mundo, para librar a toda la humanidad de la ignorancia de Dios, del círculo de odio y venganza, de la esclavitud del pecado. La cruz nos hace hermanos¹⁰.

Por otra parte, la cruz nos muestra el camino de la vida, del hombre nuevo, al ser expresión de amor, de una vida entregada totalmente a Dios Padre y a la humanidad.

*Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la Última Cena. Ya en aquella hora, Él anticipa su muerte y resurrección, dándose a sí mismo a sus discípulos en el pan y en el vino, su cuerpo y su sangre como nuevo maná (cf Jn 6, 31-33)*¹¹.

REPERCUSIONES PARA LA VIDA

1. Contemplación y adoración. Es necesario contemplar el rostro desfigurado de Jesucristo: *es el rostro del Varón de dolores, que ha cargado sobre sí todas nuestras angustias mortales. Su rostro se refleja en el de cada persona humillada y ofendida, enferma o que sufre, sola, abandonada y despreciada*¹². El Papa Benedicto XVI invita continuamente a *contemplar a Cristo en los misterios de su pasión, muerte y resurrección. En ellos hallaréis lo que supera toda sabiduría y conocimiento, es decir, el amor de Dios manifestado en Cristo. Aprended de Él, que no vino «a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (Mc 10,45)... Por eso, hemos de abrazar y adorar la cruz del Señor*¹³.

La adoración supone admiración y *acción de gracias* por la presencia, en nuestra historia y en nuestras vidas, de Jesucristo *hecho obediente hasta la muerte*. Por eso la forma esencial de nuestro culto se llama *eucaristía*, es decir, acción de gracias por el don que recibimos. Adoramos y glorificamos a Dios cuando reconocemos agradecidos con san

⁷ Cf. Carta Encíclica *Spe Salvi* 26. ⁸ Cf. CCE 599. ⁹ Carta Encíclica *Deus Caritas Est* 10. ¹⁰ Cf. Benedicto XVI, Homilía en el Vía Crucis del Viernes Santo, 21 de marzo de 2.008.

¹¹ Carta Encíclica *Deus Caritas Est* 13. ¹² Benedicto XVI, Homilía en el Vía Crucis del Viernes Santo 10 de abril de 2009.

¹³ Benedicto XVI. Discurso a un grupo de jóvenes españoles ídols a Roma para recoger la cruz de la Jornada Mundial de la Juventud. 6 de abril de 2009.

Pablo: *me amó y se entregó por mí* (Gal 2,20); cuando aceptamos a Jesucristo como el mejor regalo, y le reconocemos como nuestro Señor, destruyendo nuestra secreta tendencia a ser autónomos (a decidir qué le doy o qué me reservo).

2. Entrega y amor. *A lo largo de los milenios, muchedumbres de hombres y mujeres han quedado seducidos por este misterio* (de Cristo crucificado) *y le han seguido, haciendo al mismo tiempo de su vida un don a los hermanos, como Él y gracias a su ayuda*¹⁴. En la cruz, los cristianos de hoy seguimos encontrando la orientación más precisa para vivir y amar. La misma Eucaristía, en la que experimentamos la entrega del Señor, nos adentra en el acto oblativo de Jesús, nos compromete a entregar la vida con Él y por Él¹⁵. Él nos ha amado primero hasta dar la vida y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor hasta dar la vida¹⁶. Es la caridad de Cristo la que nos impulsa (2 Co 5,14). *El amor es una fuerza extraordinaria, que mueve a las personas a comprometerse con valentía y generosidad en el campo de la justicia y de la paz*¹⁷.

3. Asumir el dolor y sufrir con los que padecen¹⁸. Es cierto que debemos hacer todo lo posible para superar el sufrimiento. Los cristianos no somos masoquistas, ni buscamos siempre el camino más duro. Sin embargo, en muchas ocasiones no podemos ni debemos esquivar el sufrimiento. Lo que cura al hombre es la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito. La capacidad de aceptar el sufrimiento por amor del bien, de la verdad y de la justicia, es constitutiva de la grandeza de la humanidad, porque cuando mi tranquilidad es más importante que la verdad y la justicia prevalece el dominio del más fuerte; la verdad y la justicia han de estar por encima de mi comodidad e seguridad física. También el *sí* al amor es fuente de sufrimiento, porque el amor exige siempre nuevas renunciaciones de mi yo; no puede existir el amor sin esta renuncia también dolorosa para mí.

La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con los que sufren. En ellos está presente Jesucristo de una forma especial (cf Mt 25,31-46). Una sociedad o una persona que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, no es realmente humana.

En definitiva, la cruz de Cristo muestra las consecuencias terribles del pecado; nos revela el corazón amoroso de Dios y nos descubre que amar hasta dar la vida y sufrir por defender la verdad y la justicia nos hace humanos, nos acerca a Dios y enriquece a los hermanos; en cambio, sufrir por rencor, por envidia, por cualquier pecado no tiene ningún sentido. La cruz nos enseña a ofrecer nuestros padecimientos a Dios por el bien de la humanidad.

6.2. Descendió a los infiernos

Vamos a profundizar en el significado de del descenso de Jesús a los infiernos, de la mano de Benedicto XVI¹⁹:

Las puertas de la muerte están cerradas, nadie puede volver atrás desde allí. No hay una llave para estas puertas de hierro. Cristo, en cambio, tiene esta llave. Su Cruz abre las puertas de la muerte, las puertas irrevocables.

¹⁴ Benedicto XVI, Homilía en el Vía Crucis del Viernes Santo 10 de abril de 2009. ¹⁵ Cf Carta Encíclica *Deus Caritas Est* 13; cf Rn 12,1

¹⁶ Cf Carta Encíclica *Deus Caritas Est* 17. ¹⁷ Carta Encíclica *Caritas in veritate* 1. ¹⁸ Cf Carta Encíclica *Spe Salvi* 36-38.

¹⁹ Cf Homilía de Benedicto XVI en el Sábado Santo 7 de abril de 2.007. ² Cf Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* 8-14.

Éstas ahora ya no son insuperables. Su Cruz, la radicalidad de su amor es la llave que abre estas puertas. El amor de Cristo que, siendo Dios, se ha hecho hombre para poder morir; este amor tiene la fuerza para abrir las puertas. Este amor es más fuerte que la muerte.

Los iconos pascuales de la Iglesia oriental muestran como Cristo entra en el mundo de los muertos. Su vestido es luz, porque Dios es luz. Jesús que entra en el mundo de los muertos lleva los estigmas: sus heridas, sus padecimientos se han convertido en fuerza, son amor que vence la muerte. Él encuentra a Adán y a todos los hombres que esperan en la noche de la muerte. A la vista de ellos parece como si se oyera la súplica de Jonás: Desde el vientre del infierno pedí auxilio, y escuchó mi clamor (Jon 2,3). El Hijo de Dios en la encarnación se ha hecho una sola cosa con el ser humano, con Adán. Pero sólo en aquel momento, en el que realiza aquel acto extremo de amor descendiendo a la noche de la muerte, Él culmina el camino de la encarnación. A través de su muerte Él toma de la mano a todos los hombres que esperan y los lleva a la luz. Una eternidad sin Dios sería una condena. Él carga verdaderamente la oveja extraviada sobre sus hombros y la lleva a casa. Nosotros vivimos agarrados a su Cuerpo, y en comunión con su Cuerpo llegamos hasta el corazón de Dios. Y sólo así se vence la muerte, somos liberados y nuestra vida es esperanza.

El descenso de Jesús a los infiernos expresa que la salvación que Él nos ofrece alcanza a todos los hombres y mujeres, también a los que han muerto antes de su muerte y resurrección. Gracias a este hecho, proclamamos que el infierno y la muerte ya no son lo mismo que antes, porque están habitados por la Vida y el Amor.

PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO

- Miro en la Biblia los textos indicados en los párrafos que más me hayan llamado la atención.

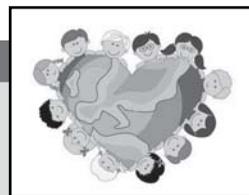
- ¿Qué ideas me parecen más importantes de este texto?

- ¿Qué sentimientos hacia Dios Padre y hacia Jesucristo produce en mí la contemplación de la pasión, muerte y descenso al infierno del Señor?

- La pasión y muerte de Cristo en la cruz, ¿qué me aporta a la hora de afrontar las dificultades en la catequesis y en la vida?

- ¿Cómo podemos animar a los niños y a los jóvenes para que contemplen, agradezcan e imiten a Cristo crucificado?

- Expreso los sentimientos que ha provocado esta reflexión con una oración personal, confiada y agradecida.



6.3. El Reino de Dios²⁰

Cristo anuncia ante todo un reino, el reino de Dios: *Es preciso que anuncie también el reino de Dios en otras ciudades, porque para eso he sido enviado* (Lc 4, 43). Este reino tiene su arranque en la vida de Cristo y se logra de manera definitiva por su *muerte y resurrección*; pero debe ser continuado pacientemente a través de la historia hasta ser plenamente realizado el día de la venida final del mismo Cristo.

Cristo llevó a cabo esta proclamación del reino de Dios, mediante la predicación infatigable. Sus palabras desvelan el secreto de Dios, su designio y su promesa, y por eso cambian el corazón del hombre y su destino. Pero Él realiza también esta proclamación de la salvación por medio de innumerables *signos*: enfermos curados, agua convertida en vino, pan multiplicado, muertos que vuelven a la vida y, sobre todo, su propia resurrección. Y al centro de todo, el signo al que El atribuye una gran importancia: los pequeños, *los pobres son evangelizados*.

El reino de Dios no es un espacio físico, como Aragón o el Vaticano. Dios reina en la medida en que lo reconocemos como *Padre*, cumplimos su voluntad y tratamos a los demás como *hermanos*. El reino de Dios tiende a transformar las relaciones humanas y se realiza progresivamente, a medida que las personas aprenden a amarse, a perdonarse y a servir mutuamente, ya que la ley del Reino es el mandamiento del *amor* (cf Jn 13,34) y su carta magna las *bienaventuranzas* y el sermón del monte (cf Mt 5-7). El Reino de Dios trae consigo la *salvación integral* de la persona. Solamente el reino es *absoluto* y todo el resto es relativo (cf Mt 6,33).

Este reino puede ser recibido por *todas las personas* como gracia y misericordia, como un *don inmerecido*; un regalo que el mundo rechaza (cf Mt 5,3-12). Para subrayar esta universalidad, Jesús se acerca a aquellos que están al margen de la sociedad: pobres, enfermos, mujeres, niños... para que puedan sentirse amados por Dios.

El reino de Dios es don, pero exige *esfuerzo*. Cada uno debe conquistarlo con la fuerza, el reino de los cielos está en tensión y los esforzados lo arrebatan (cf Mt 11,12; Lc. 16, 16), con la vigilancia y fidelidad (cf Mt 24-25), la fatiga y el sufrimiento, con una vida conforme al Evangelio, con la renuncia y la cruz, con el espíritu de las bienaventuranzas. Pero, ante todo, cada uno lo consigue mediante un total cambio interior, una *conversión radical*, una transformación profunda de la mente y del corazón (cf Mt 4,17).

Quienes acogen con sinceridad la Buena Nueva se reúnen en el nombre de Jesús para *buscar juntos el reino, construirlo, vivirlo*, colaborando con el Espíritu Santo, presente y actuante en la historia. Aquellos que ya lo han recibido y que están reunidos en la comunidad de salvación, pueden y deben comunicarlo y difundirlo. La tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia. *Evangelizar* constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda.

PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO

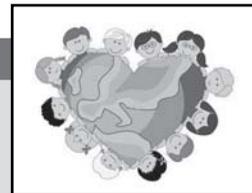
- Miro en la Biblia los textos indicados en los párrafos que más me hayan llamado la atención.

- ¿Qué ideas me parecen más importantes de este texto?

- ¿Qué sentimientos brotan en mí al saberme invitado a acoger y construir el Reino?

- ¿Cómo podemos animar los niños y a los jóvenes a vivir y a trabajar por el Reino?

- Expreso los sentimientos que ha provocado esta reflexión con una oración personal, confiada y agradecida.



TEMA

7

Al tercer día resucitó entre los muertos, subió al cielo y está sentado a la derecha de Dios Padre Todopoderoso, desde allí ha e venir a juzgar a vivos y muertos

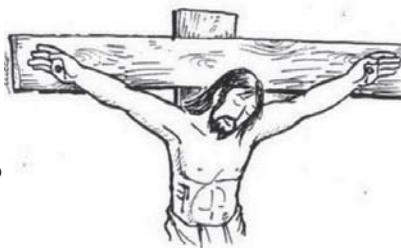
Oración

CANTAMOS:

**Quédate junto a nosotros, que la tarde está cayendo,
pues sin ti a nuestro lado nada hay justo, nada hay bueno**

- Caminamos solos por nuestro camino,
cuando vemos a la vera un peregrino,
nuestros ojos, ciegos de tanto penar,
se nos llenan de vida, se nos llenan de paz.

- Buen amigo, quédate a nuestro lado,
pues el día ya sin luces se ha quedado;
con nosotros quédate para cenar
y comparte mi mesa y comparte mi pan.



- Tus palabras fueron la luz de mi espera,
y nos diste una fe más verdadera;
al sentarnos junto a ti para cenar,
conocimos quien era al partirnos el pan.

Meditamos (C.A. «*Mane nobiscum Dómine*» de Juan Pablo II, 7 de octubre del 2004):

1. «Quédate con nosotros, Señor, porque atardece y el día va de caída». Ésta fue la invitación apremiante que, la tarde misma del día de la resurrección, los dos discípulos que se dirigían hacia Emaús hicieron al Caminante que a lo largo del trayecto se había unido a ellos. Abrumados por tristes pensamientos, no se imaginaban que aquel desconocido fuera precisamente su Maestro, ya resucitado. No obstante, habían experimentado cómo «ardía» su corazón mientras él les hablaba «explicando» las Escrituras. La luz de la Palabra ablandaba la dureza de su corazón y «se les abrieron los ojos». Entre la penumbra del crepúsculo y el ánimo sombrío que les embargaba, aquel Caminante era un rayo de luz que despertaba la esperanza y abría su espíritu al deseo de la plena luz. «Quédate con nosotros», suplicaron, y Él aceptó. Poco después el rostro de Jesús desaparecería, pero el Maestro se había quedado veladamente en el «pan partido», ante el cual se habían abierto sus ojos.

2. (...) En el camino de nuestras dudas e inquietudes, y a veces de nuestras amargas desilusiones, el divino Caminante sigue haciéndose nuestro compañero para introducirnos, con la interpretación de las Escrituras, en la comprensión de los misterios de Dios. Cuando el encuentro llega a su plenitud, a la luz de la Palabra se añade la que brota del «Pan de vida», con el cual Cristo cumple a la perfección su promesa de «estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo» (cf Mt 28,20)

Rezamos juntos:

Jesús, eres más fuerte que la muerte.

Con la Iglesia proclamamos:

«Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo».

¡Aleluya!

Jesús, Tú esta siempre con nosotros:

cuando estamos reunidos en tu nombre,

cuando participamos en la mesa de la Palabra y de la Eucaristía,

cuando amamos y servimos a los hermanos,

Tú estas con nosotros. ¡Aleluya!

(Oración del Catecismo Jesús es el Señor, p.67)

Los cristianos confesamos que nuestra fe se cimienta sobre el testimonio de los Apóstoles y nos dirigimos a ellos con este precioso himno:

¿A quién acudiremos cuando la fe va herida
sino a vosotros, testigos vigilantes,
que anunciáis con palabra poderosa
lo que era en el principio,
lo que vieron de cerca vuestros ojos
y lo que vuestras manos
tocaron y palparon del Verbo de la vida?

¡Guardadnos en la fe y en la unidad,
vosotros, que ya estáis desde el principio
en comunión con Cristo y con el Padre!

¿En quién descansaremos la duda y la esperanza
sino en vosotros, cimientos de la Iglesia,
que habéis visto al Señor resucitado,
y oísteis al Espíritu
revelar por el fuego y la palabra
el misterio de Cristo que estaba oculto en Dios
desde los siglos?

¡Guardadnos en la fe y en la unidad,
vosotros, que ya estáis desde el principio
en comunión con Cristo y con el Padre!
(ENF 152)

Introducción: ¿Qué ha sucedido?

Con la muerte violenta, afrentosa e injusta de Jesús en la cruz parecía que todo había terminado. Sin embargo, la historia es testigo de que poco tiempo después del Viernes Santo, el Evangelio de Jesucristo se propagaba por todo el mundo entonces conocido con un dinamismo verdaderamente inimaginable. ¿Cómo explicar el cambio radical que se ha operado en el ánimo de aquellos predicadores?

En aquella comunidad de discípulos y testigos ha arraigado una convicción que, contra todo pronóstico, muy pronto, escasamente veinte años más tarde, ya se ha convertido en una fórmula tradicional que explica su dinamismo espiritual. Es Pablo, el perseguidor convertido en apóstol, quien se la recuerda a los cristianos de la comunidad de Corinto:

«Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí:
que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras;
que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras;
que se apareció a Cefas y luego a los Doce;
después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez,
de los cuales todavía la mayor parte viven y otros murieron...» (1 Cor 15, 3-8)

¿Qué había ocurrido para que aquella convicción hubiese arraigado con tanta fuerza? La experiencia de los dos discípulos de Emaús es significativa; el canto con el que hemos empezado este tema expresa bien lo que en ellos sucedió: Cristo había resucitado y se quedó con ellos.

7.1. Al tercer día resucitó de entre los muertos

La Resurrección de Jesús es *la verdad culminante de nuestra fe en Cristo*, creída y vivida por la primera comunidad cristiana como verdad central, transmitida como fundamental por la Tradición, establecida en los documentos del Nuevo Testamento, predicada como parte esencial del Misterio Pascual al mismo tiempo que la Cruz:

«Cristo resucitó de entre los muertos.
Con su muerte venció a la muerte.
A los muertos ha dado la vida.»

El misterio de la resurrección de Cristo es un *acontecimiento real* que tuvo manifestaciones históricamente comprobadas como lo atestigua el Nuevo Testamento:

- En el marco de los acontecimientos de Pascua, el primer elemento que se encuentra es *el sepulcro vacío*. No es en sí una prueba directa. La ausencia del cuerpo de Cristo en el sepulcro podría explicarse de otro modo (cf Jn 20, 13; Mt 28, 11-15). A pesar de eso, el sepulcro vacío ha constituido para todos un signo esencial. Su descubrimiento por los discípulos fue el primer paso para el reconocimiento del hecho de la Resurrección. Es el caso, en primer lugar, de las santas mujeres, después de Pedro. «El discípulo que Jesús amaba» afirma que, al entrar en el sepulcro vacío y al descubrir «las vendas en el suelo», «vio y creyó» (Jn 20, 6. 8; cf Lc 24, 3. 22- 23; Lc 24, 12).

- María Magdalena y las santas mujeres, que venían de embalsamar el cuerpo de Jesús enterrado a prisa en la tarde del Viernes Santo por la llegada del Sábado fueron *las primeras en encontrar al Resucitado*; así las mujeres fueron las primeras mensajeras de la Resurrección de Cristo para los propios Apóstoles Jesús se apareció en seguida a ellos, *primero a Pedro, después a los Doce*. Pedro, llamado a confirmar en la fe a sus hermanos, ve por tanto al Resucitado antes que los demás y sobre su testimonio es sobre el que la comunidad exclama: «¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» (Lc 24, 34; cf Mt 28, 9-10; Jn 20, 11-18; Lc 24, 9-10; cf 1 Co 15, 5).

La fe de la primera comunidad de creyentes se funda en el *testimonio de hombres concretos*, conocidos de los cristianos y, para la mayoría, viviendo entre ellos todavía. Estos «testigos de la Resurrección de Cristo» son ante todo Pedro y los Doce, pero no solamente ellos: Pablo habla claramente de más de quinientas personas a las que se apareció Jesús en una sola vez, además de Santiago y de todos los apóstoles (cf 1 Co 15, 4-8).

Así relata el Catecismo *Jesús es el Señor*, a los niños, lo que venimos diciendo (p. 66):

El domingo por la mañana,
María Magdalena y otras mujeres
fueron al sepulcro con perfumes
y encontraron la piedra quitada.
Entraron. El sepulcro estaba vacío.
Un ángel les dijo: «¿Buscáis a Jesús Nazareno,
el crucificado? No está aquí. Ha resucitado» (leer Mc 16, 1-6).

Después de resucitar, Jesús se apareció
en muchas ocasiones: a María Magdalena,
a Pedro, a los doce Apóstoles, a los discípulos de Emaús...
Jesús se dejó ver y tocar. Comió con ellos,
y les dio muchas pruebas de que estaba vivo,
pues con su poder había vencido a la muerte.
Los Apóstoles llenos de alegría decían:
«¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado! (Lc 24, 34).

Ante estos testimonios es imposible interpretar la Resurrección de Cristo fuera del orden físico, y no reconocerlo como *un hecho histórico*. La sacudida provocada por la pasión fue tan grande que los discípulos (por lo menos, algunos de ellos) no creyeron tan pronto en la noticia de la resurrección. Cuando Jesús se manifiesta a los once en la tarde de Pascua «les echó en cara su incredulidad y su dureza de cabeza por no haber creído a quienes le habían visto resucitado» (Mc 16, 14), incluso puestos ante la realidad de Jesús resucitado, los discípulos dudan. Tomás conocerá la misma prueba de la duda y, en su última aparición en Galilea referida por Mateo, «algunos sin embargo dudaron» (Mt 28, 17; cf Lc 24, 41; cf 38. 39; Jn 20, 24-27).

Con ello queda claro que su fe en la Resurrección, bajo la acción de la gracia divina, *nació de la experiencia directa de la realidad de Jesús resucitado*.

La Resurrección de Cristo no fue un retorno a la vida terrena como en el caso de las resurrecciones que él había realizado antes de Pascua: la hija de Jairo, el joven de Naim, Lázaro. Estos hechos eran acontecimientos milagrosos, pero las personas afectadas por el milagro volvían a tener, por el poder de Jesús, una vida terrena «ordinaria». En cierto momento, volverán a morir. La resurrección de Cristo es esencialmente diferente. *En su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio*. En la Resurrección, el cuerpo de Jesús se llena del poder del Espíritu Santo; participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que San Pablo puede decir de Cristo que es «el hombre celestial» (cf 1 Co 15, 35-50).

Podemos preguntarnos ¿quién hace posible la resurrección de Jesús? Se realiza por *el poder del Padre* que «ha resucitado» a Cristo, su Hijo. También podemos decir que, en cuanto Hijo, *Cristo realiza su propia Resurrección* en virtud de su poder divino: «Doy mi vida, para recobrarla de nuevo ... Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo» (Jn 10, 17-18).

¿Qué sentido y alcance salvífico tiene la Resurrección?

Señalamos seis puntos:

1. La Resurrección constituye ante todo la *confirmación de todo lo que Cristo hizo y enseñó*. Todas las verdades, incluso las más inaccesibles al espíritu humano, encuentran su justificación si Cristo, al resucitar, ha dado la prueba definitiva de su autoridad divina según lo había prometido.

2. La Resurrección es el *cumplimiento de las promesas* del Antiguo Testamento y del mismo Jesús durante su vida terrenal. La expresión «según las Escrituras» indica que la Resurrección de Cristo cumplió estas predicciones (cf 1 Co 15, 3-4 y el Símbolo niceno constantinopolitano).

3. La verdad de *la divinidad de Jesús es confirmada por su Resurrección*. El había dicho: «Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy» La Resurrección del Crucificado demostró que verdaderamente, él era «Yo Soy», el Hijo de Dios y Dios mismo (cf Jn 8, 28).

4. Jesús en su misterio Pascual, *nos libera del pecado* por su muerte, y nos abre el *acceso a una nueva vida* por su resurrección. Esta vida nueva nos justifica, nos devuelve a la gracia de Dios, realiza la adopción filial que nos convierte en hermanos de Cristo, así llama Jesús a sus discípulos después de su Resurrección: «Id, avisad a mis hermanos» (Mt 28, 10; Jn 20, 17).

5. Por último, la Resurrección de Cristo - y el propio Cristo resucitado - es *principio y fuente de nuestra resurrección futura*: «Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron ... del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo» (1 Co 15, 20-22). En la espera de que esto se realice, Cristo resucitado vive en el corazón de sus fieles. En El los cristianos «saborean los prodigios del mundo futuro» (Hb 6,5).

6. En la resurrección de Cristo *Dios se manifiesta como Señor de la vida y de la muerte*, como Aquel que todo lo gobierna, a quien todo pertenece y en quien podemos confiar incondicionalmente tanto en la vida como en la muerte. La resurrección no es una especie de apéndice de la fe, sino el corazón mismo de la fe en Dios. Esta fe nos sitúa ante una alternativa radical: vivir centrado en uno mismo o arriesgar a aceptar totalmente a Dios en la vida y en la muerte.

Además, siguiendo la experiencia de san Pablo, la fe en la resurrección nos da fuerzas en las dificultades sufridas por causa de Jesús:

«Nos aprietan por todos los lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados; nos derriban, pero no nos rematan; en toda ocasión y por todas partes llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Mientras vivimos, continuamente nos están entregando a la muerte, por causa de Jesús; para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.» (2 Cor 4, 8-11).

El siguiente texto de la Conferencia Episcopal Española sintetiza muy bien, y además con un lenguaje vivo, cuanto venimos diciendo:

«La resurrección de Cristo es un hecho acontecido en la historia, del que los Apóstoles fueron testigos y ciertamente no creadores. No se trata de un simple regreso a nuestra vida terrena; al contrario, es la mayor «mutación» acontecida en la historia, el «salto» decisivo hacia una dimensión de vida profundamente nueva, el ingreso en un orden totalmente diverso, que atañe ante todo a Jesús de Nazaret, pero con él, también a nosotros, a toda la familia humana, a la historia y al universo entero. Por eso la resurrección de Cristo es el centro de la predicación y del testimonio cristiano, desde el inicio y hasta el fin de los tiempos. Jesucristo resucita de entre los muertos, porque todo su ser está unido a Dios, que es el amor realmente más fuerte que la muerte. Su resurrección fue como una explosión de luz, una explosión de amor que rompió las cadenas del pecado y de la muerte. Su resurrección inauguró una nueva dimensión de la vida y de la realidad, de la que brota una creación nueva, que penetra continuamente en nuestro mundo, lo transforma y lo atrae a sí» (CEE «Orientaciones morales ante la situación actual de España» [23 noviembre 2006], 34).

7.2. «Jesucristo subió a los cielos, y está sentado a la derecha de Dios, Padre Todopoderoso»

«El Señor Jesús, después de hablarles, fue elevado al Cielo y se sentó a la diestra de Dios» (Mc 16, 19).

El cuerpo de Cristo fue glorificado desde el instante de su Resurrección como lo prueban las propiedades nuevas y sobrenaturales, de las que desde entonces su cuerpo disfruta para siempre. Pero durante los cuarenta días en los que come y bebe familiarmente con sus discípulos y les instruye sobre el Reino, su gloria aún queda velada bajo los rasgos de una humanidad ordinaria.

La última aparición de Jesús termina con la entrada irreversible de su humanidad en la gloria divina donde él se sienta para siempre a la derecha de Dios (cf Mc 16, 19; Hch 2, 33; 7, 56; cf también Sal 110, 1).

Cristo que «salió del Padre» puede «volver al Padre». «Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre» (Jn 3, 13).

Y, de paso, Jesús *nos abre este mismo acceso a la Casa del Padre*, a la vida y la felicidad de Dios, que la humanidad no puede conseguir por sí misma. Solo Cristo ha podido abrir este acceso al hombre, «ha querido precedernos como cabeza nuestra para que nosotros, miembros de su Cuerpo, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su Reino» (MR, Prefacio de la Ascensión; cf Jn 14, 2).

En el cielo, Cristo *ejerce permanentemente su sacerdocio*. Puede «salvar perfectamente a los que por él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor» (Hb 7, 25).

Desde su ascensión está sentado a la derecha del Padre: «Por derecha del Padre entendemos la gloria y el honor de la divinidad, donde el que existía como Hijo de Dios antes de todos los siglos como Dios y consubstancial al Padre, está sentado corporalmente después de que se encarnó y de que su carne fue glorificada» (San Juan Damasceno). «Quiere decir que Jesús tiene parte en la gloria, el señorío, el poder y la divinidad de Dios» (ENF156).

Jesucristo está a la derecha del Padre y está también presente entre nosotros; así lo indica la Exhortación Apostólica «*Iglesia en Europa*»:

«Mirando a Cristo, los pueblos europeos podrán hallar la única esperanza que puede dar plenitud de sentido a la vida. También hoy lo pueden encontrar, porque *Jesús está presente, vive y actúa en su Iglesia*: Él está en la Iglesia y la Iglesia está en Él. En ella, por el don del Espíritu Santo, continúa sin cesar su obra salvadora.

Con los ojos de la fe podemos ver la misteriosa acción de Jesús en los diversos signos que nos ha dejado.

Está presente, ante todo, en la Sagrada Escritura, que habla de Él en todas sus páginas.

Pero de una manera verdaderamente única está presente en las especies eucarísticas (...). En la Eucaristía «se contiene verdadera, real y sustancialmente, el Cuerpo y la Sangre, juntamente con el alma y la divinidad, de nuestro Señor Jesucristo y, por ende, Cristo entero» (...) También es real la presencia de Jesús en las otras acciones litúrgicas que, en su nombre, celebra la Iglesia. Así ocurre en los Sacramentos, acciones de Cristo, que Él realiza a través de los hombres.

Jesús está verdaderamente presente también en el mundo de otros modos, especialmente en sus discípulos que, fieles al doble mandamiento de la caridad, adoran a Dios en espíritu y en verdad y testimonian con la vida el amor fraterno que los distingue como seguidores del Señor» (22).

Y el Catecismo *Jesús es el Señor* resume la presencia del Señor así:

«Jesús está presente entre nosotros cuando la Iglesia ora, proclama la Palabra de Dios y celebra los Sacramentos, particularmente la Eucaristía. También está presente en todos los hombres, sobre todo en los más pobres y los que sufren» (p. 145).

7.3. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos

Como acabamos de ver, Jesucristo, elevado al cielo y glorificado, cumplida su misión, no se olvida de nosotros; permanece en la tierra en su Iglesia.

El tiempo presente es el tiempo del Espíritu y del testimonio, pero es también un tiempo marcado todavía por la «tristeza» y la prueba del mal que afecta también a la Iglesia. Es un *tiempo de espera y de vigilia* (cf Mt 25, 1-13; Mc 13, 33-37; 1 Co 7, 26; Ef 5, 16).

Los cristianos pedimos, sobre todo en la Eucaristía, que se apresure *el retorno de Cristo* cuando suplicamos: «Ven, Señor Jesús».

Desde la Ascensión, el advenimiento de Cristo en la gloria se puede cumplir en cualquier momento; a nosotros no nos «toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad» (Hch 1, 7; Mt 24, 44: 1 Te 5, 2). Está en las manos de Dios.

Siguiendo a los profetas y a Juan Bautista, Jesús anunció en su predicación el Juicio del último Día. Entonces, se pondrán a la luz la conducta de cada uno y el secreto de los corazones. La actitud con respecto al prójimo revelará la acogida o el rechazo de la gracia y del amor divino. Jesús dirá en el último día: «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40; cf Mt 5, 22; 7, 1-5; Mc 12, 38-40; Lc 12, 1-3; Jn 3, 20-21; Rm 2, 16; 1 Co 4, 5).

«La Iglesia, al anunciar estos acontecimientos últimos, quiere que vivamos vigilantes, a la espera del Señor que, ciertamente, ha de venir y quiere que nos decidamos a vivir desde Él y para Él (...)

Estas realidades nos conducen a vivir con seriedad y responsabilidad el tiempo que aún nos da. Mirar con esperanza hacia delante sostiene y aviva nuestra atención y responsabilidad para afrontar el presente (...)

En verdad, aquel día, Cristo lleno de gloria y majestad declarará el triunfo definitivo del bien sobre el mal que, juntos, como el trigo y la cizaña, han crecido en la historia de los hombres» (ENF 158).

El Papa Benedicto XVI nos invita a vivir con esperanza y responsabilidad:

«La imagen del Juicio final no es en primer lugar una imagen terrorífica, sino una imagen de esperanza; quizás la imagen decisiva para nosotros de la esperanza. ¿Pero no es quizás también una imagen que da pavor? Yo diría: es una imagen que exige la responsabilidad. Una imagen, por lo tanto, de ese pavor al que se refiere san Hilario cuando dice que todo nuestro miedo está relacionado con el amor. Dios es justicia y crea justicia. Éste es nuestro consuelo y nuestra esperanza. Pero en su justicia está también la gracia. Esto lo descubrimos dirigiendo la mirada hacia el Cristo crucificado y resucitado» (SS 44).

El Catecismo *Jesús es el Señor* relata así el encuentro definitivo con el Señor:

Los cristianos caminamos al encuentro del Señor.

Por eso en nuestra oración decimos:

¡Ven, Señor Jesús! Con esta aclamación

expresamos el deseo y la esperanza

de encontrarnos con el Señor resucitado

cuando vuelva al final de los tiempos.

Él lo hará todo nuevo y llevará a plenitud su Reino.

Jesús resucitado dará nueva Vida a todo lo creado.

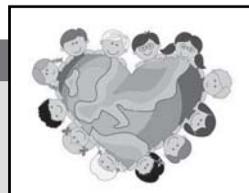
También a nuestro cuerpo que resucitará glorioso.

Jesucristo ha resucitado y vive para siempre.

Nosotros resucitaremos de entre los muertos

y viviremos con Jesús.
Jesús está con nosotros en la vida y en la muerte.
Él nos dijo: «*En la casa de mi Padre hay muchas estancias.*
Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo,
Para que donde estoy yo, estéis también vosotros» (Jn 14, 2-3)»

PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO



- Buscad en el Catecismo y en los materiales de catequesis de este curso, qué dicen sobre el tema que hemos estudiado y ver la relación entre lo que se dicen en las diferentes etapas de la catequesis.
- **Pregunta personal:** ¿Dónde encontramos los catequistas cada día al Señor?
- Un niño, adolescente, joven o adulto de vuestro grupo de catequesis os ha planteado: «Si Jesús resucitó y vive para siempre... ¿dónde podemos encontrarle nosotros?» Qué respuesta le ofrecéis.
- Buscad un canto cuya letra y música exprese bien el artículo de la fe que hemos recordado en este capítulo.
- ¿Está reflejado en el arte de vuestra parroquia el misterio del que hemos hablado?
- Por si da tiempo. Una pregunta difícil para profundizar: si las tres virtudes teologales son la fe, la esperanza y la caridad, ¿sabríais buscar qué relación hay entre cada una de ellas y lo que hemos tratado?

Una oración a María para terminar:

Santa María, «la alegría de la resurrección ha conmovido tu corazón y te ha unido de modo nuevo a los discípulos, destinados a convertirse en familia de Jesús mediante la fe. Así, estuviste en la comunidad de los creyentes que en los días después de la Ascensión oraban unánimes en espera del don del Espíritu Santo, que recibieron el día de Pentecostés. El «reino» de Jesús era distinto de como lo habían podido imaginar los hombres. Este «reino» comenzó en aquella hora y ya nunca tendría fin. Por eso tú permaneces con los discípulos como madre suya, como Madre de la esperanza. Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino» (SS 50).

TEMA

8

Creo en el Espíritu Santo

Oración

Cantamos:

EL SEÑOR OS DARÁ SU ESPÍRITU SANTO.
YA NO TEMÁIS, ABRID EL CORAZÓN,
DERRAMARÁ TODO SU AMOR (2).

Él transformará hoy vuestra vida, os dará la fuerza para amar.
No perdáis vuestra esperanza, Él os salvará.
Él transformará todas las penas; como a hijos os acogerá.
Abrid vuestros corazones a la libertad.

Fortalecerá todo cansancio si al orar dejáis que os de su paz.
Brotará vuestra alabanza, Él os hablará.
Os inundará de un nuevo gozo con el don de la fraternidad.
Abrid vuestros corazones a la libertad.



Lectura del Evangelio de Juan:

«Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis porque vive con vosotros y está con vosotros» (14, 16-17).

«Cuando venga el Defensor, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la Verdad, que procede del Padre, Él dará testimonio de mí» (15, 26).

«Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora: cuando venga Él, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad plena» (16, 12-13).

Silencio orante.

Sólo gracias a la acción del Espíritu Santo podremos crecer en la fe y llegar a ser verdaderamente hombres que se dejan guiar y llevar por el Espíritu.

Oramos al Espíritu Santo

con la Secuencia de la fiesta de Pentecostés:

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo,
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetras las almas,
fuente del mayor consuelo.
Ven dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.
Entra hasta el fondo del alma,
divina luz y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,

si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.
Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas,
infunde calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.
Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos,
por tu bondad y tu gracia
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. AMÉN.

8.1. El espíritu vive en nosotros

Hablar del Espíritu Santo es fácil y difícil a la vez. Fácil porque tenemos capacidad para adentrarnos en el misterio de Dios siempre que dejemos que se nos abran los ojos de la fe; difícil porque estamos demasiado acostumbrados a aceptar sólo lo que se palpa o se demuestra. Los catequistas no realizamos nuestra misión solos. No haríamos absolutamente nada si no dejáramos actuar en nosotros al Espíritu. El Espíritu es como la respiración para el cuerpo. Nos acompaña siempre en nuestra misión e incluso «habla» por nosotros. Nuestra tarea es «dejarle hacer» y no ser nunca impedimento en aquello que quiere realizar a través de nosotros.

Hablar del Espíritu Santo es hablar del misterio de Dios, de su acción más íntima y sorprendente. Es hablar no sólo del Dios que se nos ha revelado, sino del Dios que ha hecho posible esta revelación.

«Nadie puede decir: «¡Jesús es Señor!» sino por influjo del Espíritu Santo» (1 Co 12, 3). «Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre!» (Ga 4, 6). Este conocimiento de fe no es posible sino en el Espíritu Santo. Para entrar en contacto con Cristo, es necesario primeramente haber sido atraído por el Espíritu Santo. El es quien nos precede y despierta en nosotros la fe. Mediante el Bautismo, primer sacramento de la fe, la Vida, que tiene su fuente en el Padre y se nos ofrece por el Hijo, se nos comunica íntima y personalmente por el Espíritu Santo en la Iglesia (CCE 683).

La Iglesia, Comunión viviente en la fe de los apóstoles que ella transmite, es el lugar de nuestro conocimiento del Espíritu Santo:

- en las Escrituras que El ha inspirado;
- en la Tradición, de la cual los Padres de la Iglesia son testigos siempre actuales;
- en el Magisterio de la Iglesia, al que El asiste;
- en la liturgia sacramental, a través de sus palabras y sus símbolos, en donde el Espíritu Santo nos pone en Comunión con Cristo;
- en la oración en la cual El intercede por nosotros;
- en los carismas y ministerios mediante los que se edifica la Iglesia;
- en los signos de vida apostólica y misionera;
- en el testimonio de los santos, donde El manifiesta su santidad y continúa la obra de la salvación (CCE 688).

LA EXPERIENCIA INTERIOR DE DIOS

El Espíritu Santo es la misma persona que se hace don en nosotros y nos transforma interiormente. Como realidad espiritual que es, tenemos cierta dificultad a la hora de expresar quién es y cuál es su acción en nosotros. Ello nos obliga a tener muchos símbolos. Así, el sentido de las palabras «ruah» (hebreo) y «pneuma» (griego) o «spiritus» (latín) muestran con más claridad la «acción» que el Espíritu realiza, puesto que estas palabras tienen que ver con elementos como el «viento», el «aire», la «respiración», la «vida», el «alma» el «espíritu». Así se habla del Espíritu como el que «inspira» a los poetas, a los autores sagrados, a los cristianos en cualquiera de las acciones para hacer realidad el Evangelio.

Jesús nos dejó dicho: «Muchos tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga y os anunciará lo que ha de venir. Él me dará gloria, porque recibirá de los míos y os lo anunciará a vosotros (Jn 16, 12-14).

SIN EL ESPÍRITU, NADA. ¡CON ÉL, TODO!

Una vez, una persona muy sencilla definió muy bien al Espíritu. A la pregunta: ¿quién es el Espíritu Santo? Sin vacilar ni un solo momento respondió: «Dios en mí». Era «muy devoto» del Espíritu Santo porque nunca me deja solo. Resulta fácil creer en el Espíritu Santo cuando personas muy sencillas saben comunicarlo con tanta transparencia.

LOS SÍMBOLOS DEL ESPÍRITU

Algunos de los símbolos por los que se conoce al Espíritu Santo expresan esta tarea tan especial del Espíritu (cf CCE, 694-701):

- Es agua, símbolo de la vida, que brota hasta la vida eterna.
- Es unción que nos consagra y nos enriquece con sus dones.
- Es fuego que purifica.
- Es nube luminosa que nos cubre con su sombra protectora.
- Es sello que nos deja la impronta de Dios.
- Es mano con la que se nos transmite la fuerza divina.
- Es dedo de Dios, que escribe su ley en nuestro corazón.
- Es paloma que reposa sobre nosotros para traernos la protección del Altísimo.

PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO

Vamos a elegir aquel símbolo que nos acerca más a la presencia y acción del Espíritu y comentamos por qué

La gran manifestación del Espíritu Santo prometido por Jesús, tiene lugar en la fiesta de Pentecostés, momento en que se experimenta el cambio interior de la persona de los Apóstoles, y nace la nueva fraternidad, la Iglesia, con la misión y la fuerza necesarias para extender el evangelio a los cuatro confines de la tierra (cfr. Hch 2 y 3).

Pentecostés

El Señor había hecho con su pueblo una alianza por medio de Moisés en el Sinaí: en adelante Él sería el Dios de Israel y éste sería su pueblo. Pero el pueblo no fue fiel a su compromiso. Y Dios, desde su per-

manente fidelidad, promete una nueva alianza. Él infundirá su propio espíritu a su pueblo. Ese espíritu que se cernía sobre la faz de las aguas en la creación:

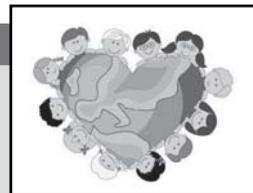
«Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu y haré que caminéis se-gún mis mandamientos» (Ez 36,26-27).

Cincuenta días después de Pascua, en el pentecostés judío, que recordaba la alianza del Sinaí, cuando los apóstoles estaban reunidos en el cenáculo donde habían celebrado la Última Cena, ocurrió que...

«De repente un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas,

como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería» (Hch 2,2-4). *Aquellos hombres se llenaron del Espíritu y «todos pensaban y sentían lo mismo» (Hch 4,32).*

Pentecostés es la culminación de la Pascua: Jesús muerto y resucitado, transformado por el Espíritu y revestido de El, y ya en la gloria del Padre, se convierte en fuente del Espíritu y nos lo envía. La misión de la Iglesia ya puede comenzar.



8.2. Vamos a contemplar la acción del Espíritu a través de la historia de la salvación, hasta hoy

1. El Espíritu Santo en el Antiguo Testamento:

- Está presente al comienzo del mundo. «*El Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas*» (Gn 1,2)
 - Fortalece a algunos para que guíen al Pueblo. «*El Espíritu del Señor ha hablado por mí*» (2 Sam 23, 2)
- Por la fuerza del Espíritu, Dios Padre guía a Israel y lo va preparando para acoger al Mesías.

2. El Espíritu Santo en Jesús:

- Le hace existir en el seno de María. «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti; por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios*» (Lc 1,35).
 - Desciende sobre Él en el Bautismo. «*Descendió el Espíritu Santo... y se oyó una voz: Tú eres mi Hijo amado*» (Lc 3,21-22).
 - Le envía a anunciar una Buena Noticia. «*El Espíritu del Señor está sobre mí... Me ha enviado para dar la Buena Noticia*» (Lc 4,16-22).
 - Está siempre con Él, le conduce y le llena de plenitud. «*Dios le ha dado su Espíritu sin medida*» (Jn 3,34).
- Por la fuerza del Espíritu, Jesús lleva a cabo la misión que el Padre le encomendó de salvar a todos los hombres. Él es quien le mueve en toda su actividad: oración, curaciones, predicación...

3. El Espíritu Santo en los apóstoles:

- Les transforma en hombres nuevos. «*Todos se llenaron de Espíritu Santo y empezaron a hablar... cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería*» (Hch 2, 4).
 - Les hace comprender en profundidad el mensaje de Jesús y todas las Escrituras. «*El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho*» (Jn 14, 26).
 - Les fortalece para anunciar a Jesús aun en medio de las dificultades y persecuciones. «*Quedaron todos llenos del espíritu Santo y anunciaban con valentía la Palabra de Dios*» (Hch 4, 31).
 - Les asiste en los primeros pasos de la Iglesia naciente, iluminándoles en las decisiones importantes. «*Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros no imponer más cargas que las indispensables*» (Hch 15, 28).
 - Les empuja a extender el mensaje de Jesús a todos los pueblos y culturas. «*Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y hasta los confines de la tierra*» (Hch 1, 8).
 - Acompaña su predicación con signos y prodigios: milagros, curaciones... «*El Evangelio no os fue transmitido solamente con palabras, sino también con obras portentosas bajo la acción del Espíritu Santo*» (1 Tes 1, 5).
- Por la fuerza del Espíritu Santo, los apóstoles anuncian la Palabra de Jesús a todas las gentes, hacen presentes sus mismos gestos y acciones: oración, fracción del pan, perdón de los pecados... Así el Espíritu va consolidando la Iglesia naciente.

4. El Espíritu Santo en la Iglesia:

El tiempo de la Iglesia es el tiempo del Espíritu. Iglesia y Espíritu están inseparablemente unidos como el cuerpo y el alma. La Iglesia es el cuerpo de Cristo penetrado por la fuerza vital del Espíritu Santo. Es el templo en el que habita el Espíritu de Dios:

- «El Espíritu Santo habita en la Iglesia..., como en un templo» (Concilio Vaticano II, LG 4)
- «Lo que es nuestro espíritu, es decir, nuestra alma para nuestros miembros, eso mismo es el Espíritu Santo para los miembros de Cristo, para el cuerpo de Cristo que es la Iglesia» (San Agustín).

- «Allí donde está la Iglesia, allí también el Espíritu de Dios; y allí donde está el Espíritu de Dios, está la Iglesia y toda gracia» (San Ireneo).

- «El Espíritu... dirige y enriquece con todos sus frutos a la Iglesia, a la que guía hacia toda verdad y unifica en comunión y ministerio. Hace rejuvenecer a la Iglesia, la renueva constantemente y la conduce a la unión consumada» (LG 4).

-«La era de la Iglesia empezó con la venida, es decir, con la bajada del Espíritu Santo sobre los apóstoles reunidos en el cenáculo de Jerusalén, junto con María, la madre del Señor. Dicha era empezó en el momento en que las promesas y las profecías que explícitamente se referían al Paráclito, el Espíritu de la verdad, comenzaron a verificarse con toda su fuerza y evidencia en los apóstoles, determinando así el nacimiento de la Iglesia» (Juan Pablo II, *Dominum et vivificantem*, 25)

La Iglesia, bajo la acción del Espíritu:

- Comprende la Palabra de Dios y la aplica a las distintas situaciones, culturas y momentos históricos.
- Cumple en todo tiempo la misión y el encargo de Jesús: anunciar el Evangelio y servir a los más pobres.
- Se mantiene en fidelidad a su fundador.
- Despierta y fortalece la fe en sus miembros.
- Crece y se expansiona por el mundo.
- Hace presente la salvación de Cristo en los sacramentos y en la liturgia.
- Vive unida, a pesar de la diversidad, formando una verdadera familia.
- Se renueva y rejuvenece a través de reformas, mejoras, adaptaciones.

El Espíritu Santo lo es todo en la Iglesia de Jesús. Por su luz se mantiene fiel a Jesús su fundador, y por su fuerza va realizando la obra salvadora de Jesús, adaptándose a los tiempos y diversas culturas.

5. El Espíritu Santo en la historia y en el mundo

Más allá de las fronteras de la Iglesia, el Espíritu actúa también en los hombres y en los pueblos y culturas.

- Él impulsa toda mejora y progreso en la humanidad.
- Él anima, día a día, el proceso de reconciliación entre los pueblos, la paz mundial, la armonía con la naturaleza.
- Él suscita personas capaces de luchar por la verdad y la justicia, por el servicio a los más pobres y marginados.

- Él transformará el mundo y creará, al final de los tiempos, los cielos nuevos y la tierra nueva.

«La creación está aguardando en anhelo de ser liberada de la esclavitud de la destrucción para participar en la gloria de los hijos de Dios» (Rom 8,19-23).

«Nosotros, confiados en la promesa del Señor, esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva en que habite la justicia» (2 Pe 3,13).

«El pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos (de nuestra época), los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios» (GS 11).

6. La acción del Espíritu, hoy

El Espíritu que Jesús nos envía está presente en el corazón de nuestra vida cristiana.

Sentimos y experimentamos su presencia:

- Él nos recuerda y nos hace comprender las enseñanzas de Jesús: Jn 15,26.
- Nos afianza y nos hace crecer en la fe y nos da fuerzas para poder dar testimonio de ella en el mundo: Jn 15,26-27.

- Nos guía al descubrimiento de la verdad: Jn 16,12-14.
- Asiste a los obispos y al Papa en las decisiones que harán crecer a la Iglesia: Hch 11,12; 15,28.
- Nos hace orar como verdaderos hijos de Dios: Rom 8,15-26.
- Nos mueve a la unidad: Jn 17.
- Impulsa a la Iglesia a anunciar la buena nueva a los pobres: Lc 4,18-20.
- Establece en la Iglesia una diversidad de ministerios dentro de la unidad de una misma misión: 1Cor 12.

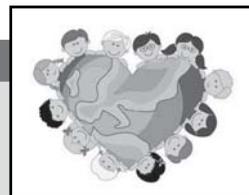
La vida cristiana está sostenida por los dones del Espíritu Santo. Estos son disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu. Los siete dones del Espíritu Santo son: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios (cf CCE 1830 – 1832).

El Papa Juan Pablo II nos dice a todos los que vivimos en Europa: *«¡El Evangelio de la esperanza no defrauda! En las vicisitudes de tu historia de ayer y de hoy, es luz que ilumina y orienta tu camino; es fuerza que te sustenta en las pruebas; es profecía de un mundo nuevo; es indicación de un nuevo comienzo; es invitación a todos, creyentes o no, a trazar caminos, siempre nuevos que desemboquen en la «Europa del espíritu» para convertirla en una verdadera ‘casa común’ donde se viva con alegría (JUAN PABLO II, Ecclesia in Europa, 121).*

El Espíritu Santo es la misma fuerza de Dios, que sigue creando y recreando el mundo. El mueve la historia hasta llegar a su consumación en los «cielos nuevos y la tierra nueva».

PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO

- Elige el texto que te ha gustado más y comenta por qué
- ¿En qué ámbitos de tu vida se despliegan los dones del Espíritu?
- ¿Dónde están aparentemente ausentes?



8.3. El espíritu santo de la catequesis

El Espíritu es el protagonista y el pedagogo de toda la catequesis, el agente principal por el que la Iglesia hace llegar «la voz del Evangelio» a todas las partes. No hay catequesis posible sin la acción del Espíritu (DGC 288).

- El ES está en la fuente misma de la catequesis: el proyecto salvador de Dios, sus «ganancias» de comunicarse con nosotros y recibirnos en su compañía.

- La actividad catequética está sostenida por Él, las tareas de la Catequesis son don suyo (conocimiento de la fe, iniciación a la oración y la celebración, vida comunitaria, compromiso de vida cristiana...).

- El contenido de la catequesis (transmitir la memoria de la salvación como luz para el presente) es también tarea del Espíritu, que todo lo renueva.

- Su estructura ha de ser seleccionada y expresada bajo la guía del Espíritu de ilumina lo que hay que decir en cada circunstancia.

- Su lenguaje con el que comunica el credo de la Iglesia, que es desarrollo y continuación de la Palabra de Dios, lo encuentra con gozo por la acción del ES.

- La pedagogía en la que se inspira es pedagogía del don y de la confianza en el ES.
- Los métodos y técnicas adquieren su eficacia en su acción discreta.
- La actividad de los catequistas se funda en Él.
- Los destinatarios son los que se dejan guiar por el ES.

LOS «FRUTOS» DEL ESPÍRITU.

El Espíritu sigue actuando y dando frutos. «*Los frutos del Espíritu son: amor, alegría, paz, tolerancia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio de sí*» (Gal 5,22-23), que nos «capacitan» para una nueva forma de ser y de actuar. Cuando dejamos que Espíritu de Dios actúe, somos conscientes de una nueva capacidad, de una nueva manera de ser. Esta capacidad espiritual proviene del Espíritu. Esta capacidad hace que conectemos con Dios y recibamos y acojamos sus dones. Dios en nosotros, su Espíritu unido al nuestro, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de piedad, espíritu de reverencia hacia el Señor. Toda nuestra persona está abierta a Dios, es capaz de entrar en comunicación con él, capaz de ser un interlocutor de Dios en la oración y en la acción.

¡PARA QUE TENGÁIS VIDA!

El don del Espíritu puede ser explicado de esta manera:

- En toda situación humana es posible rezar. El cristiano ha de rezar y vivir de la oración, ya que es la vida cristiana lo que la respiración es al cuerpo humano. Es posible rezar porque es Espíritu reza con nosotros (cfr. Rm 8, 26) y en nosotros.
- En toda ocasión es posible rezar y ser libres para amar porque es el Espíritu quien derrama en nuestros corazones el mismo amor de Dios (Rm, 5,5)
- En toda ocasión es posible comprometerse y esperar ya que el Espíritu se une al nuestro para dar testimonio de que somos hijos de Dios y nos permite clamar «¡Abbá!», es decir, «Padre» (Cfr. Rm 8, 15-16).
- En toda ocasión es posible que una comunidad se sienta amada por Dios, perdonada y reconciliada, con la ilusión fundada de empezar siempre de nuevo, ya que el Espíritu es paz, alegría, comunicación, perdón...

Para terminar comentamos el texto siguiente:

«El Espíritu Santo es personalmente la novedad que actúa en nuestro mundo. Es la presencia del Dios con nosotros unido a nuestro Espíritu (cf Rom 8, 16). Sin el Espíritu Santo, Dios queda lejos, Cristo pertenece al pasado, el Evangelio es letra muerta, la Iglesia una mera organización, la autoridad un dominio, la misión, una propaganda, el culto, una evocación, simple recuerdo, el obrar cristiano una moral de esclavos. Pero en el Espíritu, el mundo es liberado, se eleva y gime por el alumbramiento del Reino;

el hombre, lucha contra el pecado; Cristo Resucitado se hace presente entre nosotros, el Evangelio fuente de vida, la Iglesia, comunión Trinitaria, la autoridad, servicio liberador, la misión, un nuevo Pentecostés, el culto, memorial y anticipación, la acción humana, cada vez mas divina».

Mons. Hazim, Metropolitano ortodoxo de Lataquia. Siria)

**Y gritamos con toda la Iglesia:
¡VEN ESPÍRITU DE DIOS!**

Siglas de los documentos eclesiales más citados:

CCE Catecismo de la Iglesia Católica (1992)

DGC Directorio General para la Catequesis (1997)

ENF Catecismo «Esta es nuestra fe» (CEE)

Fechas para no olvidar en este curso. AGENDA DEL CATEQUISTA

- Envío Diocesano de Catequistas Fecha: _____ Lugar: _____
- Día de la Educación en la Fe Fecha: _____ Lugar: _____
- Encuentro Regional de Catequistas Fecha: _____ Lugar: _____
- Encuentro Diocesano de Catequistas Fecha: _____ Lugar: _____
- Reunión de Formación: Día de la semana _____
- Otros _____

- S. Enrique de Ossó, Patrono de los Catequistas

Día 27 de Enero

- Escuela de Verano para Catequistas y Animadores de la Fe

Día _____ Lugar _____

Este cuaderno es de _____

c/ _____ nº _____ Población _____ Teléfono _____

Personas a las que acompaño

	NOMBRE Y APELLIDOS	DIRECCIÓN	TELEFONO	FECHA SANTO Ó CUMPLEAÑOS
1				
2				
3				
4				
5				
6				
7				
8				
9				
10				
11				
12				
13				
14				
15				
16				

La síntesis de nuestra fe que recoge el credo, nos dice San Cirilo de Jerusalén, se ha recogido de lo más importante que hay en la Biblia, para dar en su integridad la única enseñanza de la fe.

✠ **Alfonso Milián**

Obispo de Barbastro-Monzón
Encargado de la Catequesis de Aragón